

San Rafael Arnaiz Barón



ÍNDICE

PÁGINA

Felicitación navideña

La Dirección.....3

Al P. Alberico Feliz. Nuestro adiós pascual

Hno. Joaquín López, ocso4

Homilía. P. José Antonio, Superior6

La soledad acompañada

P. Alberico Feliz, ocso..... 8

Navidad... con el Hno. Rafael

P. Victorino Blanco, ocso28

Un faro en Castilla

Begoña de Valladolid34

Una gota de Dios, llena de vida

Ángel Alonso Pachón y Amparo Arévalo37

Letanías a San Rafael Arnaiz (II)

P. Victorino Blanco, ocso43

Así vivió Rafael en la Trapa

P. Alberico Feliz, ocso.....50

Noticias y novedades56

Testimonios57

Donativos60

*El Secretariado de San Rafael Arnaiz
les desea unas felices fiestas de Navidad y
Año Nuevo llenas de las bendiciones de Dios*



Al P. Alberico Feliz.

Nuestro adiós pascual

Hno. Joaquín, ocsso

Era el pasado domingo 23 de agosto de este año, cuando dimos nuestro último adiós al P. Alberico Feliz Carbajal. Fue un adiós pascual, lleno de paz y serenidad pues en sus últimos días vivió totalmente abandonado en la voluntad de Dios, consciente de que le llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, cuando unos dos meses antes empezó a decaer físicamente con gran rapidez.



Haciendo gala de su apellido, yo diría que fue “feliz” cuando se dio cuenta de que el Señor llamaba a su puerta para emprender el gran viaje a la vida eterna; y se me ocurre pensar que por su mente pasó aquel verso tan apropiado del salmista: “Qué alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del Señor” (Sal. 121,1).

Sí, el P. Alberico, ya está en la casa del Señor. Conscientemente se había preparado para esa marcha, con paz, con gran esperanza, ningún momento, sin quejarse en aceptando con serenidad su creciente deterioro diario, pues la metástasis le había afectado ya el cerebro y tenía ciertos momentos de confusión.

Fiel discípulo de san Rafael Arnaiz conocía bien su frase sobre la muerte: “*No comprendo un monje con miedo a la muerte...*” El P. Alberico no tuvo miedo a la muerte, al contrario, la esperó como la esperaron aquellas vírgenes prudentes del Evangelio, que con gozo aguardaron, vigilantes, la llegada del Esposo.

Su larga vida de 93 años y casi 81 como monje de San Isidro de Dueñas, pues había ingresado con 12 años 5 septiembre 1939, fue fructífera no tanto en cargos de responsabilidad, que también los tuvo pero por breves periodos, sino por su capacidad centrada en los estudios, ha-

biendo estudiado espiritualidad en la Universidad Gregoriana de Roma, aunque no llegó a licenciarse. San Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila fueron sus grandes maestros espirituales que posteriormente supo conjugar con la sencilla, pero no menos profunda espiritualidad de san Rafael Arnaiz (muy afín a la de los dos santos carmelitas), cuando fue nombrado ayudante del vicepostulador de la Causa de beatificación del Hermano Rafael en 1974. En 1981 sustituyó al tan querido P. Teófilo Sandoval como vicepostulador de la Causa hasta el año 1985. Posteriormente, cuando Rafael ya era beato, retomó el cargo en agosto 1997, para trabajar incansablemente en el proceso de canonización que se concluyó en 2009. Pero el P. Alberico siguió trabajando en el Secretariado de San Rafael Arnaiz, como director del mismo hasta el 31 julio 2019. Sin embargo, aun habiendo dado un paso al lado, no se cansó de trabajar sobre el Hermano Rafael hasta que se lo permitieron sus fuerzas, acudiendo a su despacho apenas dos meses antes de su fallecimiento. Cabría decir la célebre y popular frase de que “murió con las botas puestas”...

Efectivamente, en su despacho quedaron sin terminar los apuntes de un nuevo trabajo que iniciaba sobre san Rafael. En este campo sus aportaciones son innumerables, especialmente los artículos publicados en el Boletín Informativo, además de sus conferencias y sus libros. Por eso sus escritos, profundos y bien armonizados con su peculiar estilo, los podremos seguir leyendo en este Boletín, durante un tiempo. En este mismo número podremos leer su penúltimo trabajo titulado “Soledad acompañada”, y todavía podremos deleitarnos por un buen tiempo de su largo trabajo que se viene publicando por capítulos “Así vivió Rafael en la Trapa”.

El Superior de San Isidro de Dueñas, la Comunidad y la Dirección de este Boletín Informativo, agradecen una oración por el eterno descanso de quien por tantos años nos ha acompañado a través de estas páginas.



El P. Alberico en la canonización de san Rafael Arnaiz, Basílica de San Pedro, Roma, 9 octubre 2009

HOMILÍA DE LA EUCARISTÍA DE EXEQUIAS POR EL P. ALBERICO

*P. José Antonio Gimeno, ocsso
Superior de la Trapa de San Isidro de Deñás*

“Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca...”
(Jb. 19,23-24).

Queridos hermanos, estas palabras del libro de Job nos recuerdan que el tiempo pasa y con él nuestra existencia. Pero el cristiano sabe



y cree que el cobre, el hierro y el plomo es la fe en quien resucitó de entre los muertos. El cristiano no muere sólo, sino muere con Cristo para resucitar con Cristo. Nuestro hermano el P. Alberico hizo suyas las palabras de San Pablo: “Si vivimos, vivimos para el Señor, si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor”.

A lo largo de 76 años de profesión monástica y 69 de sacerdote, nuestro hermano vivió para el Señor siendo fiel a su profesión monástica y a su comunidad de San Isidro, y dedicando mucho tiempo en su

vida en la Causa de beatificación y canonización de nuestro hermano San Rafael. Como nos decía nuestro hermano San Rafael, que puede bien resumir la vida de nuestro hermano: “La vida de un trapense vale bien poco... Mejor dicho, nada. Para mí, desde luego, mientras la tenga, la emplearé en servicio de Dios, y cuando Él me la quite de una manera o de otra, bien está, pues es suya, y como cosa suya puede disponer de ella... No comprendo un monje con miedo a la muerte.”

La muerte es ciertamente la crisis radical del hombre, nos quita todo lo que somos y todo lo que tenemos. Un hecho al que el hombre no puede responder; quitándole el ser, la muerte nos quita también la palabra; es muda y nos hace mudos. Como bien hemos leído en el libro de Job: “Yo sé que está vivo mi Redentor, y que al final se alzaré sobre el polvo”. Solo Dios puede responder a esta interpelación. Dios habla por nosotros, y en esto consiste la fe. Como nos dice nuestro hermano San Rafael: “No comprendo un monje con miedo a la muerte...”

Nuestro hermano P. Alberico no tuvo miedo a la muerte, así lo mostró en estos últimos meses que de repente se vio limitado en sus facultades vitales y poco a poco se fue apagando, hasta apagar su voz y comenzó a escuchar la voz del amado que le llamó para estar a su lado para siempre: “Padre, este es mi deseo; que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste...” (Jn 17,24).

El cristiano, como Cristo, no muere para quedar muerto, sino para resucitar; es un paso, una vuelta de todo lo que es y todo lo que tiene para devolvérselo a su Creador. La Eucaristía es ya la participación de ese banquete que Dios Padre hace con su Hijo y al que todos estamos invitados. Nuestra participación en esta Eucaristía nos invita a orar por nuestro hermano el P. Alberico, y nos invita a experimentar la comunidad de los santos, la comunión de quienes creemos en Cristo formando un solo Cuerpo.



SOLEDAD ACOMPañADA...

P. Alberico Feliz, oco

La soledad en general, y sobre todo la buscada por devoción o vocación, pone el corazón al desnudo y obliga al hombre a tomar una decisión. Es el lugar del encuentro con Dios donde se recobra el espíritu de amor y de fe más profunda.

Al “sólo Dios” como preferencia, corresponde “hombre solo”; y a Dios solo, hombre en soledad. Soledad en la mente, memoria y voluntad, es decir, libertad, recogimiento en un solo apetito de Dios, entereza en un amor. Contra idolatría, soledad de intereses, exclusividad de amores. Soledad, porque Dios sólo exige estar a solas con atención amorosa.

El claustro y el desierto son los signos externos y espaciales de la búsqueda interior, cifras de un programa religioso y vital, divisas de una pretensión absoluta de conseguir, el sólo Dios tan reiterado del Hermano Rafael.

La esencia de la soledad es la ausencia de todo, para encontrarse con el “Todo”, y para encontrarse con Él, es preciso reducir todas las facultades a la unidad, a la simplicidad y silencio en el amor.

Todos somos conscientes de cómo Dios se revela, cuando vivimos la soledad y el silencio dentro de nosotros. Allí está su morada, no en el viento ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en lo más profundo de nosotros mismos, donde no llega el barullo de las palabras, ni las voces del mundo.

El huracán el terremoto y el fuego, son elementos ordinarios de la “teofanía”, pero en ellos puede percibir el hombre una presencia de poder que transforma y consume lo más fuerte y estable; pero el fogoso e impetuoso profeta Elías, descubre al Señor en una brisa tenue en un susurro apenas perceptible:

- primero ha tenido que alejarse de la urbe, cruzar el desierto, subir a la soledad de la montaña;

- después ha tenido que descubrir la ausencia de Dios en los elementos tumultuosos,

- y finalmente, acallado el tumulto, ha podido gozar en la soledad de la presencia acogedora de Dios.

En la soledad nos fortalecemos contra el acoso de las turbas, consiguiendo el reposo y la paz; por eso el Señor tuvo siempre sus apasionados amantes, cuyo lema era este: “presos de un amor inefable hemos buscado la soledad”. Belleza desconocida la del desierto y manifestada en la experiencia casi abrumadora de Dios.

En la historia, siempre que Dios ha querido realizar algo grande, ha llevado a los hombres al desierto, por eso la estancia en la soledad es un tiempo ideal, privilegiado: se trata de abandonarnos plenamente en Dios, dejándonos conducir, para que sea Él quien nos lleve donde quiera y como quiera.

Es la soledad donde uno se vacía y se aparta de todo lo que no es Dios, y donde a través del silencio, del recogimiento, del olvido de todo lo creado, Dios instaura en el alma su reino, formando en ella el espíritu interior, la vida íntima con Dios en fe, esperanza y amor.

La soledad es un lugar privilegiado para el encuentro con Dios, y más que un lugar geográfico, es una situación personal y un espacio singular para romper con las ataduras del mundo y adentrarnos en la órbita de lo sagrado despojándonos de las sandalias para acercarnos al Señor. Es el lugar apropiado para vivir la pobreza y el silencio, donde se escucha el susurro del Espíritu, se purifica uno de la esclavitud de los ídolos y se prepara para llegar a la máxima contemplación a solas con el Solo.

Nos lo va a enseñar el Hermano Rafael, que aunque la vivió desde siempre en su interior, quiso zambullirse en la intimidad del claustro, y por eso nos dice:

“Si la verdadera soledad -tal como la interpreta el mundo - es triste, en cambio la soledad del que está con Dios, no lo es ni mucho menos”.

En la “Apología del trapense” que escribió después de haber visitado la Trapa repetidas veces, dejó escrito:



“Cuando yo me decidí a irme a la Trapa, no me fui por temor al mundo, ni entristecido al ver que todo lo que él me daba era mentira y engaño. No era un desengañado, en primer lugar, porque para desengañarse, hay que estar engañado, y a mí el mundo no me engañó ninguna vez; y en segundo lugar, apenas empiezo a vivir, pues los veintiún años no creo que sean de una experiencia tal para que yo, enfáticamente y con voz sonora diga: me voy al claustro porque soy un desengañado de la vida, y con el semblante compungido me retire a la soledad monástica, para llorar mis pecados... No hay nada de eso”.

“A mí la vida me florecía, me acariciaba y Dios me mimaba... El mundo no me engañaba porque no podía. Yo veía claro porque tenía a Dios de mi parte; soy un carácter alegre y era feliz... Gozaba con la música y la naturaleza; no he tenido a penas tiempo de conocer el mundo... Lo vi de cerca y nada más; eso es todo, y sin embargo me fui a la Trapa, ¿por qué? Según el mundo no tenía motivos... Los deseos y el interés de ser algún día un buen arquitecto, los cambié por procurarme un puesto en el cielo amando a Dios. Del regalo al cuerpo con todos sus cuidados, vi que sólo era un poco de barro y que no merecían la pena de ocuparse tanto de él. Concentré mi atención en mi alma que es inmortal. Y por último como veía claramente que Dios me amaba mucho más de lo que yo le correspondía, decidí entregarme a Él en cuerpo y alma... Esa es toda la razón, clara y sencilla de por qué me fui a la Trapa: el amor, y no el temor”.

Y en un papel suelto, sin fecha ni lugar dice:

“No es la soledad del cuerpo lo que a Dios agrada... Esto agrada a nuestro cuerpo... Lo que a Jesús nos acerca es la soledad del corazón desprendido del mundo, de sus criaturas y de la propia voluntad. Amar a Dios en silencio, soledad, corazón desprendido del mundo y sólo una voluntad: la de Cristo. Con esas tres cosas... se puede ser perfecto, siempre que uno no se olvide de María”.

Son los espíritus más comprometidos con el amor de Dios, los que han sentido el susurro de la gracia, a la llamada del desierto. A ejemplo de Cristo cuando se sintió impulsado por el Espíritu, las más altas figuras han dirigido sus pasos, acogiéndose a la soledad:

- Ahí tenemos al recio san Jerónimo, haciendo su noviciado en el desierto de Calcis.

- A san Benito, que para llegar a ser “Padre de monjes”, vivió la soledad más escondida.

- A santo Domingo de Guzmán, tan afanoso en su apostolicidad, aprendiendo en una cueva de Segovia lo que era la intimidad con Dios, para poder aconsejar a sus hijos, que había que repartir lo vivido en la soledad contemplativa.

- A san Francisco de Asís, que para “reparar su iglesia” debía culminar su camino en el eremitismo;

- A san Ignacio, que a fin de multiplicar mejor su actividad apostólica curtió su conversión en la cueva de Manresa.

- Y a san Juan de la Cruz, príncipe de los contemplativos que estuvo a punto de esconderse en la Cartuja y por eso santa Teresa le prometió dentro de la reforma: “cartuja y algo más”.

Para el espiritual profundo, la soledad no es una simple expresión ascética, sino algo mucho más profundo, un ideal, y hasta una vocación. La fuerza del desierto está en que “no significa ausencia del hombre, sino presencia de Dios”.

La soledad es una actitud de desnudez, de desasimiento. Despojo y desnudez es equivale a no depender de nada, a renunciar a todo y alejarse hasta físicamente de lo que nos desasimos. El desierto es el lugar donde nos purificamos y preparamos para actuar tocados -por así decirlo- por el ascua rusiente que el ángel aplicó a los labios del profeta Isaías.

En efecto: la soledad impele “a subir sobre las cosas transitorias, no haciendo más caso de ellas, que si no existiesen... no teniendo determinación en ninguna cosa”. El desierto aunque negación del mundo, no significa aniquilación, sino “otro proyecto de vida” que libres de la sujeción a las pasiones, se dedica en plenitud a la búsqueda serena de la verdad por el método más acerado, pero también más eficaz, que consiste:

- en ponerse el hombre mismo ante sí mismo,

- pensándose y conociéndose en su cruda y desnuda realidad.

Las consecuencias no son la ansiedad o la duda; ni tampoco la inseguridad o el “taedium vitae”, sino: “la noche sosegada, la música callada, la soledad sonora de que nos habla san Juan de la Cruz, en las que el hombre recibe inteligencia de las cosas de Dios, y comprueba esa admirable conveniencia de todas las criaturas, y cómo cada una de ellas alza su voz y testimonio de lo que es Dios”.

El silencio en toda vida de soledad es un imperativo natural, una consecuencia obligada de una vida recogida y endiosada; no es una prescripción prohibitiva, sino una razón de amor. Rafael diría: “¡Calla

hermano, que estoy hablando con Dios!...”

Se trata de un silencio perfecto, capaz de favorecer el crecimiento espiritual, ese silencio que deja oír otro tipo de voces más sutiles y entrañables. Silencio que sabe más escuchar que hablar; es un manto de quietud que protege de las agresiones o atrevimientos de la intimidad donde Dios se oculta.

La soledad o es teocéntrica, clamando con san Agustín:

- a Ti solo busco
- a Ti solo estoy dispuesto a servir...
- a Ti se elevan mis suspiros y vuelvo a pedir alas para subir hasta Ti.

o no es nada más que llenar un vacío; pues la inquietud del corazón cristiano no encuentra sosiego ni descanso hasta hallar a Dios y hallarse con Dios. Es la vida dedicada a la soledad y a la oración por la que hoy día suspiran tantas almas buenas.

Unido el hermano Rafael a Dios:

- mientras más lo mira, más lo conoce,
- mientras más lo conoce más lo ama,
- mientras más lo ama, más lo posee, más lo conoce y más lo ama... y en esto consiste toda la vida de estar a solas con Dios.

Hacia año y medio que Rafael había salido de la Trapa por enfermo, y añorando su soledad monacal, seguía buscando a Dios hasta poder decir en una carta a su tía María:

“He ido a hacer una visita al Señor, y en su presencia sin saber qué decirle, he recurrido a san Juan de la Cruz y he orado: Señor ya no guardo ganado ni tengo otro oficio”... Luego le cuenta lo que le ha ocurrido al escuchar el sermón del Padre que celebró la misa. ... Estaba hablando de la vida activa... Dijo no sé qué de esos espíritus egoístas que no quieren más que su santificación, y que se ocultan a las miradas de los hombres, para no ser molestados... Dijo muchas cosas y a mí me hizo pensar... No me gustó lo que dijo; sin saber por qué me inquieté un poco... Pero Señor, si es que no puedo... Si es que me distraigo con los hombres..., pierdo de estar con Dios... Si ya no quiero más que amar... ¿Por qué no me dejan? ...No quiero emplearme más que en una cosa, en amar a Dios, sólo en eso aunque el mundo me llame, aunque humanamente los hombres crean que soy inútil y que pierdo el tiempo. Sólo amar es mi ejercicio...”

Y san Juan de la Cruz le da la razón en su canción 28 del Cántico B, cuando declara: “El alma se ha empleado con todas sus potencias, entendimiento, voluntad y memoria al servicio del Amado; y ‘todo su caudal’”, todo lo que pertenece a la parte sensitiva del alma que incluye el cuerpo con todos sus sentidos y potencias, tanto interiores como exteriores al servicio del Amado: y de tal manera está empleado que no se goza sino en Dios y por Dios.

Y porque está todo ése ‘caudal’ empleado en Dios, ya “no guarda ganado” o sea, ya no anda detrás de sus gustos, “ni tiene otro oficio, que ya sólo en amar es mi ejercicio”. Que es como decir: todo lo que ansía el alma está puesto en ejercicio de amor a Dios.

“Cuando el alma llega a este estado en el que todo ejercicio tanto de la parte espiritual como de la sensitiva, sea en el hacer o en el padecer, siempre causa más amor y regalo de Dios”.

Esta canción 28 fue también la preferida de santa Teresita que encontró en estos versos su propia experiencia, y el mejor retrato de san Juan su maestro. La sensación de plenitud nace sobre todo del último verso: “ya solo en amar es mi ejercicio”. Hace eco al epígrafe del Cántico: “Canciones que del ejercicio de amor”. Aquí lo tenemos ya realizado, pues no sólo es amor de sentimiento, sino de amor de toda la persona en toda su existencia.

Rafael llega a su frase tan sentida, vivida y repetida de “Sólo Dios”... por la que se da cuenta que sólo Dios le basta absolutamente; es decir: Dios aparece como el Absoluto Suficiente.

En efecto, el significado de la expresión aparece aquí como un resultado, como un final de camino, como algo a lo que se va o está por descubrir. Dios es así, el Valor, la Realidad Absoluta que absorbe nuestro amor y lo acapara. Pero una cosa es afirmar esto por anticipado desde el sentido sobrenatural del Absoluto, y otra experimentarlo desde el desarraigo del corazón y la pobreza de espíritu.

No es fácil realizar esta experiencia, y así lo afirma Rafael:

“Sólo Dios”... cuánto cuesta llegar a comprender y vivir estas palabras. ...Créeme, yo he perdido tanto tiempo y ahora he encontrado lo que buscaba”.

Por eso le dice en una carta después de su segunda entrada en el monasterio: “¿Piensas venir por aquí? Mira, no vengas a verme a mí... Bueno, qué pretencioso soy... ya me entiendes, quiero decir que no vengas a buscar la Trapa, sino al Dios de la Trapa, pues te vuelvo a repetir: buena es la criatura cuando es de Dios, pero mejor es Dios”.

De hecho, el hombre por sí solo es incapaz, si Dios no le conduce hasta ahí; pues aunque en su vocación lleve en sí el sentido sobrenatural, nunca será capaz de llegar al “vacío” universal de sí mismo que es completa apertura y receptividad de Dios como Absoluto.

Sólo la pedagogía divina sabe ir haciendo recorrer el camino paso a paso, dando el toque preciso en el momento oportuno, llevando al alma unas veces suave y otras bruscamente a través de diversas experiencias de ruptura, hasta la soledad absoluta del espíritu, y en ella, hasta esa completa dependencia respecto a Él, donde el “sólo Dios”, no es ya algo que nosotros afirmamos, sino algo que se nos impone por sí mismo.

Únicamente ahí, en la pobreza suprema del corazón, Dios se nos revela verdaderamente como Absoluto Suficiente. Rafael así lo percibe, por eso dice:

“Cuánto cuesta subir esa pequeña pendiente, en la que se van dejando ilusiones, a veces afectos, a veces parece que pedazos del alma entera... ¡Cuesta, Señor! ¡Cuesta a veces acompañarte a esas soledades del espíritu y del cuerpo donde quieres llevarnos!

Día tras día, Jesús va haciendo su obra en el corazón de sus amigos... Paso a paso va arrancando, a veces suavemente, a veces de golpe, tantas y tantas cosas que atan al alma a la tierra y a las criaturas...

Dejémosle hacer a Él. Él es el dueño de todo. Y efectivamente, si Dios nos quiere para sí irremisiblemente nos llevará a la soledad y allí nos hablará al corazón”.

No es extraño que el Hermano Rafael hable aquí de la soledad como una “escuela”, donde se aprende el amor de Dios y el apartamiento del mundo, donde se toma conciencia profunda de la relatividad de los seres finitos agudizándose el deseo de Dios. Es precisamente en esta soledad donde se trasciende el paisaje nebuloso de las criaturas y el corazón se sitúa en horizontes de eternidad.

Es mediante una de estas imágenes pictóricas, que tanto le gustaban al joven artista, desde donde Rafael ha descubierto muy bien esa “soledad de todo” con la que uno se encuentra, al trascender la niebla de las criaturas, y que es el lugar de la experiencia de Dios en sí mismo como Absoluto. Tras la niebla “se encuentra una inmensa llanura... sin piedras, ni árboles, sin cielos ni estrellas... en esa llanura que no tiene fin, donde no hay colores, donde no hay hombres, donde no hay nada que al alma distraiga de Dios”.

Con esta expresión, Rafael se sitúa en clima oracional y contemplativo y nos hablará un poco más adelante de las “regiones de soledades”, bella imagen geográfica de indudable sabor patristico, en las que Dios habla al corazón.

Un día, sintiéndose inspirado, dedica en “Mi cuaderno” todo un extenso soliloquio a la “Soledad”:

“Soledad... cuántas cosas se le ocurren a mi alma a propósito de esa palabra, y qué difícil es expresar la alegría de la soledad, al que algunas veces tantas lágrimas le ha costado.

Sin embargo, qué alegre es estar a sólo con Dios. Qué paz tan grande se respira cuando nos vemos solos... solos el alma y Dios. ...El corazón que busca Cristo, ama la soledad de todo y de todos, pues es en esa misma soledad donde Jesús se muestra. Es en esa soledad donde busca a las almas; ahí las lleva a veces a costa de dolores y de sacrificios.

... Es precisamente sola donde Él la quiere. Cuánto cuesta subir esa pequeña pendiente en la que se van dejando tantas ilusiones, a veces afectos, a veces parece que pedazos del alma entera... Bendita soledad que nos acerca a Dios y nos desprende de las criaturas”. Qué engañados estábamos cuando creíamos que la soledad era cruz. ... Cómo se ensancha el alma cuando medito en aquellas divinas canciones de san Juan de la Cruz, que una de ellas dice:

“En la soledad vivía
y en la soledad ha puesto ya su nido”.

Esta canción es de exclusividad e intimidad, de amor y de fe: “que ya sólo amar es mi ejercicio”. Rafael había buscado siempre a Dios, y ese no querer otra compañía le condujo a este modo de comunicación y unión sin intermediarios, donde Dios por sí solo lo hizo todo.

Esta comunicación sin intermediarios y en la intimidad solitaria, es la soledad por antonomasia de toda alma que busca a Dios. Soledad habitada plena de gozo y de fecundidad, por eso dice san Juan de la Cruz: “Es extraña esta propiedad que tienen los amados en gustar mucho más gozarse a solas de toda criatura que con alguna compañía. Porque aunque estén juntos, si tienen alguna extraña compañía que haga allí presencia, aunque no hayan de tratar nada, basta estar allí para que no se gocen a su sabor. La razón es porque el amor, como es unidad de dos solos a solas se quieren comunicar ellos”.

Una palabra afín a la soledad es el “ocultamiento”, y también Rafael

nos habla de “escondarse” para estar con Dios, para eso dedica otra reflexión en “Mi cuaderno” donde se expresa en gesto laudatorio:

“Uno de los encantos de la vida monacal es estar oculto a las miradas del mundo. Esto lo comprenderá quien guste meditar en la vida de Cristo.

Para dedicarse a un arte... para profundizar en una ciencia el espíritu necesita soledad y aislamiento, necesita recogimiento y silencio

Los sabios y poetas de todos los tiempos han buscado la soledad:

-Tenemos a Bécquer en el monasterio de Veruela escribiendo “Cartas desde mi celda”.

-A Rubén Darío en la Cartuja de Valdemora para escribir sus versos.

-Al autor de Zarathustra F. Nietzsche, que apenas llegó a los treinta años, dejó su patria y se refugió en la montaña, donde durante diez años, no se cansó de disfrutar en su espíritu de su soledad. ¡Qué talismán tiene la soledad para arrastrar a gente tan afamada!

Pero el escondrijo del que habla el hermano Rafael es ocultarse con Cristo:

“Para el alma enamorada de Dios, para el alma que no ve más arte ni más ciencia que la vida de Jesús, para el alma que ha encontrado en la tierra el tesoro escondido, el silencio no le basta, ni su recogimiento en soledad. Le es necesario ocultarse a todos, le es necesario ocultarse con Cristo, buscar un rincón de la tierra donde no lleguen las profanas miradas del mundo, y allí estarse a solas con su Dios. Llevemos allá dentro sin que nadie se entere, ese divino secreto, pues el secreto del Rey se mancha y pierde brillo al publicarse. Ese secreto del Rey es el que hay que ocultar para que nadie lo vea”.

Casi en vísperas de su entrada por cuarta vez, escribe una larga carta a Tescelino Arribas, tal vez para animarle en sus titubeos, y le dice:

“Si vieras qué ganas tengo de silencio, de vivir oculto en la casa de Dios... con el corazón desprendido del mundo. Allí detrás de tu soledad está Dios... y sólo amar es mi deseo.

Quisiera volar por el mundo gritando a todos sus moradores... ¡Sólo Dios! ¡Dios!, Sólo Él.

Necesito encierro en la Trapa”.

Y hace esta oración en gesto humilde y generoso:

“Dios mío, Dios mío, enséñame a amar la absoluta soledad de todo y de todos.

Comprendo Señor que es así como me quieres, que es así de la única manera que puedes doblegar a Ti, este corazón tan lleno de mundo y tan ocupado en vanidades. Así en la soledad que me pones, me enseñarás la vanidad de todo, me hablarás Tú solo al corazón y mi alma se regocijará en Ti.

Sólo pretendo vivir una vida muy sencilla, sin cosas extraordinarias..., muy oculto a los hombres mi amor por Ti. Sólo Tú Señor eres mi esperanza. Solo en la Trapa desprendiendo mi corazón poco a poco de todo voy viviendo mi soledad con Dios”.

He aquí cómo Dios va obrando en mi alma, a veces en desolación, a veces en el consuelo pero siempre para enseñarme, que sólo en Él tengo que poner mi corazón, que sólo en Él he de vivir, que sólo a Él he de amar, de querer, de esperar... en pura fe, sin consuelo ni ayuda de humana criatura. Sólo Tú Dios mío, sólo Tú”.

Rafael podía muy bien hacer suya esta oración:

“Me basta Dios: sólo este pensamiento
de tal manera el corazón me llena.
que toda dicha a su dulzura ajena
es causa para mí de más tormento.
En la infinita plenitud que siento
ni el bien me halaga, ni el dolor me apena;
pues nada ya el espíritu encadena
que en sólo Dios ha puesto su contento.
Todo lo estima como inmundo lodo
el alma que de Dios está tocada,
porque en su amor inmenso transformada
solo vive de amor; y de este modo,
en Dios y para Dios lo quiere todo
sin Dios y para sí no quiere nada”.

R.V. Osende. O. P.

Pero la soledad tiene sus connotaciones, como son: el silencio, el recogimiento interior y exterior, la acendrada vida “religiosa” que quiere decir “religada a Dios”. En ella se practica un “ocio laborioso” y “una sosegada actividad”; nadie más activo, laborioso y ocupado que un solitario; pero nadie más inquieto, acelerado y trajinante que un monje.

La acción del que vive en soledad, responde al dinamismo de la elevación a Dios, mediante la mente y la ocupación:

- la mente, dedicada al estudio, a la lectura, la reflexión, la oración;
- la ocupación, para seguir el horario, un programa como distribución de la vida;
- y la liturgia que resulta ser serenidad contagiosa que llena de amor y paz el alma, y sacia las exigencias de todo seguidor de Cristo.

De todo ello tiene experiencia el Hermano Rafael. Ya desde el monasterio escribe a su madre en gesto simpático:

“Hoy amanece nevado, por tanto iremos a la chocolatería a empaquetar chocolate: yo lo hago muy despacio, pero como no me pagan a destajo, menos mal. Tenemos dos horas de trabajo, o sea, dos horas de silencio absoluto, y puedo asegurar que no me canso ni me aburro, pues lo que hago es “pensar”... Me refiero a pensar bien. Aquí en la Trapa se hace de todo menos perder el tiempo”

Y en otra ocasión:

“Los días se me pasan volando..., apenas me he levantado cuando ya es la hora de acostarse... Aquí se vive al minuto y todos se aprovechan, y está todo tan reglamentado que las sucesivas cosas que haces, se te hacen cortas”. Estoy verdaderamente admirado de que a pesar de levantarme a las dos de la mañana y acostarme a las ocho, no tenga tiempo para nada”.

Respecto a la liturgia, escribe:

“En cuanto al Oficio Divino, las horas pasadas en la Iglesia cuando estás cantando en el coro y con el salterio delante, ya pueden pasar horas y horas que no te das cuenta. Además, que todos los días del año hay algo diferente”.

“ Los ratos libres estudio el “canto” y el solfeo, me practico en el Oficio Divino, leo a santa Teresa, y así en silencio se me pasan los días sin darme apenas cuenta...”.

En cuanto a la “lectio divina” nos dice:

“Los ratos que tengo libres, entre el viacrucis, el santo rosario a María, un poco de lectura espiritual, y todos los ratos que puedo, junto al Sagrario, pues se me pasan los días que no me doy cuenta. El monje busca su recreación en las lecturas santas y en la oración, ¿qué más quiere? Así a penas sin darse cuenta, transcurre el día”. “En las Sagradas Escrituras hallo la mina inagotable de la palabra de Dios. Solamente la Sagrada

Escritura acierta a decir en breves palabras lo que muchos discursos de hombres no sabrían”.

Frente al hombre “cronopático” del siglo XXI, siempre perseguido y acosado por el aguijón del tiempo, del que está escaso de por vida, el amante de la soledad disfruta de una “quietud” proverbial, fruto de una existencia activa, pero transida de reposo interior, por el que el tiempo resulta ser “otra cosa”, no un déspota, sino una disposición ordenada.

También nos lo recuerda el Hermano Rafael, escribiendo al Padre Abad dándole cuenta de conciencia en una de sus cartas:

“Dios no cuenta para nada con nosotros, ni nos da explicaciones, cuando nos manda algo que nos conviene, ¡débiles criaturas, qué sabéis vosotras de los designios de Dios! Él se encargará de hacer la obra sin consultarnos, nosotros no tenemos más que dejarnos moldear por su mano, y estarnos quietos, muy quietos”.

“Deja que Dios se apodere de ti, y entonces tendrás paz... tu corazón estará quieto, puesto en Dios, y tu vida será una espera... una espera serena, sin impaciencias, sin temores... Esa es la vida, y la única alegría del vivir”. Mientras no busquemos a Dios en el silencio y en la oración, mientras no nos estemos quietos... no hallaremos paz ni encontraremos a Dios”.

Frente al consumismo delirante e insaciable el amante de la soledad vive la simplicidad y sencillez. Dice Rafael: “En las austeridades de una vida de silencio hay la dulce alegría de un corazón que cifra su dicha en la sencillez, en la simplicidad”.

Y dedica todo un soliloquio para hablarnos de esta ‘simplicidad y sencillez’:

“Muchas veces, dice, no llegamos a comprender la grandiosidad que se encierra en un acto de sencillez porque buscamos lo grande en lo complicado, buscamos la grandiosidad de las cosas en la “dificultad” de las mismas. Quizás no sepa explicarme, pero yo veo ahora claramente, que lo que antes veía oscuro y complicado, es relativamente simple y sencillo”.

...Vida interior, vida de espíritu, vida de oración, ¡Dios mío” ¡eso sí que debe ser difícil!

No hay tal. Quita de tu corazón lo que estorba y en él hallarás a Dios. Ya está todo hecho. Muchas veces buscamos lo que no hay, y en cambio pasamos al lado de un tesoro y no lo vemos. Esto nos pasa con Dios, que abstracción, en la lectura, muchas

veces más perceptible a la inteligencia que al corazón. Recógete dentro de ti mismo... mira tu nada, mira la nada del mundo, ponte a los pies de una Cruz y si eres sencillo verás a Dios”.

Le buscamos en una maraña de cosas, que a nosotros nos parecen mejores cuanto más complicadas. Y sin embargo, a Dios lo llevamos dentro, y ahí no le buscamos”

El solitario vive una existencia no dispersa, sino unificada, siempre fija en el centro: Dios; no puede tener otro apoyo, ni otra razón de ser que sólo Dios frente al concepto y comportamiento del hombre sensual, pues como bien dice san Juan de la Cruz -aunque con palabras recias-, el hombre que busca el gusto de las cosas sensuales (de los cinco sentidos), y en ellas pone su gozo, ‘no merece, ni se le debe otro nombre que sensual, animal temporal’. El hombre cristiano está hecho para Dios: “Nos hiciste para Ti”, escribe san Agustín en sus Confesiones. De ahí que se necesite la soledad, la “quies”, la quietud, el reposo y la simplicidad de costumbres.

La soledad instintivamente hace referencia a la oración, pues una vida entregada, consagrada, no tiene otro sentido sin una firme vertebración a la oración, un estar a solas con el Solo. Mientras el mundo duerme y yace en el máximo olvido de Dios, los hijos de la luz, elevan al cielo sus alabanzas envueltos en las altas frases de la salmodia, o identificados con Cristo el auténtico salmista.



La soledad se identifica en profundidad con la oración mental, o sea, ‘estarse amando al Amado’, o si se quiere con el estribillo de: “olvido de lo creado y memoria del Creador”, proyectándose hacia Dios como obedeciendo a una ley de gravedad ascético mística, por la que la mente, purificada de otras inquietudes busca no el reposo perfecto en la conversación, sino en ese “traer advertencia amorosa en Dios”.

La eminencia y el valor de la soledad están en que favorecen al recogimiento y a la contemplación. Su centro y llave es la celda, que puede llegar a ser su morada por excelencia. Santa Teresa la llamaría en sentido laudatorio: ‘grandísimo encerramiento’.

El silencio en toda vida de soledad es un imperativo natural, una consecuencia obligada de una vida recogida y endiosada. No es una prescripción, sino una razón de amor. Rafael diría: “Calla hermano, que estoy hablando con Dios”.

Se trata de una soledad y silencio perfecto, capaz de favorecer el crecimiento espiritual, ese silencio que deja oír otro tipo de voces más sutiles y entrañables. Silencio que sabe más escuchar que hablar; es un manto de quietud que protege de las agresiones o atrevimientos contra la intimidad de lo recóndito del alma donde Dios se oculta.

El solitario es además un apóstol ignorado, secreto, abnegadamente ajeno a él mismo, a lo que Dios quiere hacer con su vida entregada; pero apóstol eficacísimo: “alma de todo apostolado”. Viene a fraguarse en las “nadas” de san Juan de la Cruz, hasta llegar a no palpar apostólicamente nada, renunciando a saber y gustar los efectos del propio apostolado, descansando en la frase de san Pablo: “ni el que planta, ni el que riega sino el que da la eficacia”. Es la concepción en pirámide de la eficacia de la soledad, por la que todo aspira a un vértice: Dios, quien se encarga de que dé frutos.

Dice Rafael en una carta confidencial:

“Ése es el apostolado trapense: pedir por los que no piden y amar a Dios por los que no le aman, y si alguien te dice que los religiosos son unos egoístas y que sólo piensan en su salvación... les dices que conoces tú a un trapense, que nada pide para sí, y que su vida se la ha consagrado a Dios, para reparar tantas ofensas como le hacen los hombres”.

Cuando el Hermano Rafael, al explicar el secreto de la cruz, dice que para el alma enamorada de Dios... le es necesario ocultarse a todos, ocultarse con Cristo y estarse a solas con Dios es precisamente entonces cuando nos da uno de los párrafos más bellos y densos sobre el apostolado. La cruz del sufrimiento se debe guardar en silencio, pero la fe se debe proclamar a todos:

“No pongamos la luz bajo el celemín... Publiquemos las grandezas de Dios. Hagamos llegar al corazón de nuestros hermanos los tesoros de gracias que Dios derrama a manos llenas sobre nosotros. Publiquemos a los cuatro vientos nuestra fe, llenemos el mundo de gritos de entusiasmo por tener un Dios tan bueno, No nos cansemos de predicar su evangelio y decir a todo el que nos quiera oír, que Cristo murió amando a los hombres, clavado en un madero... Que murió por mí, por ti, por aquel... Y si nosotros de veras le amamos, no lo ocultemos...,

no pongamos la luz que puede alumbrar a otros, debajo de un celemin”.

La misma oración nocturna, mientras las criaturas duermen, le recuerdan que “las espesas tinieblas... pesan en las espaldas del trapense encargado de orar por el mundo”. “El alma quisiera volar por el mundo entero y gritar a los cuatro vientos la grandeza de Dios... Quisiera el alma poner en las alabanzas divinas lo que las criaturas dejan de poner”.

El celo apostólico del Hermano Rafael anclado en el “sólo Dios”, se abre a un amor fraterno sin fronteras, hacia toda la humanidad redimida por Cristo. Este universalismo tiene sus peculiaridades propias en la vida contemplativa trapense:

“Multitud de Sagrarios existen en la redondez de la tierra, pero solamente un Dios, que es Jesús Sacramentado. Consoladora verdad que hacer estar tan unidos, el monje en su coro, el misionero en tierras de infieles, y el seglar en su parroquia. Ni hay distancias ni hay edades... al pie del Sagrario estamos todos cerca. Dios nos une. Pidámosle por mediación de María, que algún día allá en el cielo podamos contemplar a ese Dios, que por amor al hombre se oculta bajo las especies de pan y vino”.

“Como en la Trapa no se pierde ni un minuto, ni en los intervalos, ni incluso al ir de una parte a otra, yo al salir de la iglesia después del examen de conciencia hasta llegar al refectorio, lo tenía dedicado a las misiones. Pensaba en lo bueno que es Dios que a mí me concedía el alimento necesario para el cuerpo... Le agradecía la paz de mi monasterio y al mismo tiempo le pedía que no se olvidase de los misioneros que a veces ni tienen qué comer, ni tienen monasterio”.

La misión tiene un precio. En el caso de la soledad de la vida contemplativa, la misión se concreta en una oblación total, que a veces es martirial. El Hermano Rafael traduce su condición de “Oblato” por “ofrenda” en bien de todos, sin olvidar a los misioneros:

“En el rincón de mi Trapa a Él ofrezco lo que soy y cómo soy, bueno o malo, con salud o sin ella: mi vida, mi cuerpo, mi alma mi corazón, todo... absolutamente todo. Me he ofrecido por todos: por mis padres, por mis hermanos, por los misioneros, por los sacerdotes... por los que sufren y por los que le ofenden”.

Aunque no se pueden cerrar los ojos a los peligros de la soledad sin embargo pocos tienen que ser, para quien de verdad ama la soledad. Al monje se le pide que se enamore de Dios en la soledad... y eso es perfectamente posible. Y lo es, cuando el espíritu alberga y alimenta

una intensa vida de intereses superiores. Es entonces, cuando estando solo no se siente solo. Se puede vivir la soledad sin estar solo, sobre todo cuando se ha elegido como ideal, pues lo que se elige para bien personal:

- no deforma,
- sino que reforma
- y transforma.

Los más grandes Santos -nos dice la Imitación de Cristo- evitaban siempre que podían el trato con los hombres, prefiriendo entregarse siempre a Dios”.

La impugnación más sutil y refinada, es la que va contra el mismo corazón de la soledad acusándola de ‘angelismo’; pero esta acusación es una falta de cultura espiritual. Se la acusa de que no está ‘encarnada’ en un compromiso real, desatendiendo al cuerpo de Cristo: “Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”.

Pero el hombre ‘religioso’ = religado a Dios, no es el que se ata con un compromiso a los hombres sino a Dios, que es quien le inspira lo que debe hacer, a tenor del salmo 35,10: “y tu luz nos hace ver la luz” Por eso el fin de todo compromiso religioso es dar testimonio de Dios a la vez que dar la mano al prójimo para que vaya a Dios.

El solitario = monje, busca a Dios directamente, y da testimonio de Él con su alabanza y dedicación, lejos de la comunicación y la publicidad, proclama con el testimonio silencioso que Dios existe, que sólo Dios interesa, que la vida del hombre es:

- vivir a Dios,
- servir a Dios,
- vivir sólo para Dios.

La soledad o es ‘teocéntrica’, clamando con san Agustín: “a Ti sólo busco, a Ti sólo estoy dispuesto a servir, a Ti se elevan mis suspiros, y vuelvo a pedir alas para subir hasta Ti”. “...o no es nada más que llenar un vacío; pues la inquietud del corazón cristiano, no encuentra sosiego ni descanso hasta hallar a Dios y hallarse con Dios”.

Es la vida dedicada a la soledad y a la oración, por la que hoy día suspiran tantas almas buenas...

Cualquier espíritu comprometido en el amor de Dios ha comenzado por sentir -como primer susurro de gracia- la llamada a la soledad. Del mismo modo que Cristo fue conducido por el Espíritu al desierto:

- inmolando su cuerpo con el ayuno,

- sometiendo su alma a las tentaciones, así el que ansía seguirle, tendrá que comenzar por el aislamiento y la soledad abandonado a lo que Dios disponga en su Providencia.

Unido Rafael a Dios: mientras más lo mira más lo conoce; mientras más le conoce, más le ama; y mientras más le ama, más le posee y más le conoce y más le ama; y en esto consiste toda la vida, en gozar y entregarse más y más.

La soledad se define por la búsqueda directa e intensa del Dios vivo y personal del Padre de Cristo por el Espíritu. A Dios se le encuentra en el prójimo, pero no sólo en él. Será difícil encontrarlo en el prójimo, si primero no lo hemos encontrado personalmente en el diálogo directo por medio de la oración y contemplación.

Las “visitaciones extraordinarias” que recibió san Francisco de Asís, despertaron en él un ardiente deseo de estar a solas con el Señor. Sus ojos eran pozos de nostalgia y su alma era una sima insaciable que tenía un nombre: “sed de Dios”.

Al alma humana, que ha sido profundamente seducida por Dios, le nacen alas de alcance del mundo, y con tal de estar con el Señor, es capaz de trasponer montañas y mares, recorrer ciudades y ríos; no teme el ridículo, no hay sombras para asustar, ni fronteras que le detengan; cierra los ojos en gesto de meditación y siente que un amigo llena sus arterias y entrañas. La frase: “Dios mío y todas las cosas”, es la única alternativa de la vida monacal y solitaria, todo lo demás con su riqueza y valor es relativo.

Es profundamente interesante convencerse de que el ideal de soledad, si es verdadero, no implica ni de lejos la sombra de menospreciar los auténticos valores del mundo. La vida de un auténtico cristiano en el mundo, no implica jamás el olvido de Dios. La gracia y el carisma -la del solitario y la del monje-, le exigen y apremian de modo personal y profundo a que viva intensamente lo absoluto de Dios y lo relativo de las criaturas.

La espiritualidad profunda de la soledad, no es el miedo ni el arrepentimiento, ni la prudencia, ni el desencanto, es solamente la preferencia del amor de Dios. El Hermano Rafael nos lo dirá:

“Cuando yo me decidí a irme a la Trapa, no me fui por temor al mundo, ni entristecido al ver que todo lo que él me daba era mentira y engaño. No era un desengañado, en primer lugar porque para desengañarse, hay que estar engañado, y a mí el mundo no me engañó ninguna vez. ... A mí la vida me florecía, me acariciaba, y Dios me mimaba... El mundo no me engañaba

porque no podía. Lo vi de cerca y nada más; eso es todo, y sin embargo, me fui a la Trapa ¿por qué?... Los deseos y el interés de ser algún día un buen arquitecto, los cambié por los de procurarme un puesto en el cielo amando a Dios; el regalo al cuerpo y todos sus cuidados, como vi que era un poco de barro y que no merecía la pena de ocuparse tanto de él, concentré mi atención en mi alma que es inmortal; y por último, como veía claramente que Dios me amaba mucho más de lo que yo le correspondía, decidí entregarme a Él en cuerpo y alma, con mis sacrificios corporales y espirituales, salvarme yo y salvar a los demás. Esa es toda la razón, clara y sencilla, de por qué me fui a la Trapa: el amor a Dios y no el temor”.

Más tarde le daría la razón el Concilio Vaticano II en su Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa: “El deber principal de los monjes, de todo solitario, es: ofrecer a la Divina Majestad un servicio humilde y noble a la vez, dentro de los claustros del monasterio”.

A lo cual añadía el Papa: “Sois hombres dedicados al silencio, a la soledad y la oración”.

La auténtica vida puesta al día de vuestra vida monástica, más que en realidades periféricas, está en redescubrir el contenido eclesial profundo de la soledad como:

- vocación, carisma,
- exigencia, entrega,
- signo, misterio y gozo.

Todo esto encierra la verdadera soledad. Por eso recordando a Evagrio Póntico (345-399) reseñamos: “Cuando tu soledad sea tu mayor alegría, entonces habrás hallado verdaderamente la soledad”.

La vocación a la soledad comporta la constante “memoria Dei”, “el continuo recuerdo de Dios”, en cuanto esto es posible, como un sello indeleble. Según enseña Teodoro Estudita: “El monje, el solitario es aquel que mira a sólo Dios, desea a sólo Dios, y se dedica a sólo Dios”.

La soledad más auténtica, es aquella que se asemeja a un abismo que se abre en el alma en la que se crea

- por un hambre que no se satisfará jamás con cualquiera de las cosas creadas,

- y por una sed, que sólo Dios puede saciar. Hay que respirar el aire de Dios, estar solo en sanativo silencio y sosegada presencia. Nunca se ha de buscar la soledad por evasión, sino por saturarse de amor auténtico de Dios, pues sólo Él satisface con su todo.

Cuando la madre de José Luis Martín Descalzo, le llevaba a visitar la catedral de León -lo recuerda en el ‘Pájaro solitario’-, dice:

“Yo buscaba al Dios desconocido
en los altares, sobre la vidriera
en que jugaba el sol, a ser fuego y cristal.
Y ella me decía: ‘No le busques fuera,
cierra los ojos, oye su latido.
Tu eres, hijo, la mejor catedral’.

Abierto a Ti, mi corazón se olvida
de respirar, y estando tan callado,
escucha los latidos del Amado,
la voz del amor, que a más amor convida.
Adelgázame, Amor,
mi voz ahora, déjala ser silencio
llama pura.
río de monte, soledad sonora
álamo respirando en la esperanza.
Déjame ser un pájaro que llora,
por no saber cantar tanta hermosura”.

La soledad es vivir, vivir mientras se vive; lo demás es dormir, soñar, o tal vez morir, pues un corazón dividido es un corazón dormido, helado, muerto.

De lo que huye el solitario no es tanto de las ocasiones de pecado, cuanto de la disipación, cuyas preocupaciones nos arrojan de nosotros mismos y nos distraen de lo esencial de nuestra vida, que es la unión con Dios. La soledad permite estar atento a sí mismo; el alma se vuelve más sensible y delicada referente a los preceptos divinos y a las inspiraciones interiores del Espíritu Santo, a la vez que le permite resistir victoriosamente a las sollicitaciones del enemigo.

La prueba de la soledad ante Dios, puede hacernos encontrar y vencer hasta los últimos reductos del hombre viejo, sustituyéndole por el hombre nuevo de Cristo. De ahí la exhortación evangélica de escondernos en “un lugar secreto”, pues la soledad nos ayuda a vernos como Dios nos ve.

Los que siempre se mueven en la superficie, jamás sospecharán los prodigios que se esconden en sus raíces, pues cuanta más exterioridad menos persona se es, y cuanta más intimidad, más persona según Dios. Necesitamos aislarnos de comercio exterior a fin de que no estorbe a ese “divino comercio” de intercambio divino.

El hombre sólo llegará a un acuerdo con Dios, con su vocación y consigo mismo, cuando se atreva a buscar la soledad, pues el verdadero secreto es que no existe:

- si es verdadera soledad, de seguro que está llena;
- si está sola y vacía, no es verdadera soledad sino aburrimiento y muerte.

Cuando se está solo de verdad, se está latiendo, vibrando, tendiendo las manos hacia Alguien; buscando ojos que le miren... pues sólo existimos, en cuanto vivimos en Otro, el Invisible, Dios.

El poeta nos lo asegura con su precioso soneto:

“En medio de la sombra y de la herida
me preguntan si creo en Ti. Y digo
que tengo todo cuando estoy contigo:
el sol, la luz, la paz, el bien, la vida.

Sin Ti, el sol es luz descolorida
sin Ti, es un cruel castigo.
Sin Ti, no hay bien ni corazón amigo,
sin Ti, la vida es muerte repetida.

Contigo, el sol es luz enamorada
y contigo , la paz es paz florida.
Contigo el bien es casa reposada
contigo la vida es sangre ardida.
Pues si me faltas Tú, no tengo nada:
ni sol, ni luz, ni paz ni bien ni vida”.

José Luis Martín Descalzo

Y José María Pemán dejó escrito:

“Quiero yo, que el alma mía,
tenga de sí vaciada
una soledad preparada
para la gran compañía.

Con nueva paz y alegría
quiero por amor tener
la vida muerta al placer
y muerta al mundo de suerte
que cuando llegue la muerte
le quede poco que hacer”.

Navidad...

con San Rafael Arnaiz

P. Victorino Blanco, ocsa

Navidad, nacimiento y aparición en la tierra del Verbo encarnado, del Dios hecho hombre. Para entrar en comunión con nosotros, se hace uno de nosotros, “semejante a nosotros” (*Flp* 2,7) toma cuerpo y figura humana: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (*Jn* 1,14. Primogénito entre muchos hermanos, asume todo lo nuestro y nos da a cambio lo suyo: nos da su gracia, su justicia, su santidad, su vida, su filiación divina, y asume nuestra debilidad, nuestra indigencia y hasta nuestro pecado. Se acerca a nosotros, se identifica con nosotros, se solidariza totalmente con nosotros a los ojos del Padre: lo suyo es nuestro y lo nuestro es suyo...



El amor es el motor de esta maravilla, que es el misterio de la Encarnación. Dios es amor, y ha querido aparecer y manifestarse ante nosotros a través de imágenes y figuras que destilan amor y llaman al amor. Ante la ternura del Niño, vienen espontáneas las palabras de san Pablo a Tito: “Se ha manifestado la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres” (*Tt* 2,11). Esto nos acerca a Belén para contemplar a este Niño, como la mejor expresión de esa amabilidad y humanidad de nuestro Dios: la sonrisa de Jesús recién nacido, que despidе amor y ofrece paz: “Paz a los hombres de buena voluntad” (*Lc* 2,14).

Y ha querido nacer dentro de una familia: la Sagrada Familia de Belén y de Nazaret. Jesús, María y José, el misterio de la Trinidad tras-

ladado a la tierra. Allí la vida de Dios se hace vida nuestra. La altura la anchura y la profundidad de Dios se pone a nuestro alcance. Dios viene a nosotros, en comunión total y entrañable. Es el tesoro que nos da la fe: “El que me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14,23).

El misterio nos viene por María, la llena de gracia, la que es todo amor y ternura de Madre. Un amor y una ternura tan grande, que en Jesús nos abarca también a nosotros: Madre de Dios y Madre nuestra, Madre de la Iglesia, de la familia entera. Ella nos hace partícipes de su “tesoro”, nos da a Jesús, y en Él nos da todo, hasta su capacidad de amar. Sólo tenemos que mirarla a Ella para aprender esta ciencia, para aprender a contemplar el Misterio: “María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lc 2,19). A Ella, la Madre, la llena de gracia, la Inmaculada, le pedimos con toda la Iglesia, en este tiempo y siempre: “Danos a Jesús, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”.

¿Cómo vivió Rafael estas realidades tan entrañables para todo verdadero cristiano? Fácil es suponer en él, desde niño, la vivencia del Misterio navideño, dado su entorno familiar y los centros donde fue educado, lejos del laicismo de hoy día que lo va envolviendo todo y quisiera borrar hasta el nombre de Navidad... Ya de monje, vivió el Misterio sin duda más intensamente, aunque más “hacia dentro”. Sus referencias a las navidades de antaño son más bien escasas. Lo que le interesa es vivirlo, y en esto incluye, como en todo, todo el tiempo de Adviento. Lo vive profundamente con María como tiempo de preparación, pero Jesús, el Verbo encarnado, ya está presente en la tierra. Su tía María le pide que le diga lo que va a hacer él durante el Adviento y él le contesta:

“Me dices que cómo me voy a preparar para esperar la llegada del Jesús Niño. No sé. Estoy atontado... Esperar, nada más. ¿Te parece poco? Ya lo sé, esperar con un amor muy grande, esperar con fe, esperar, esperar impaciente, a veces sereno, no sé, esperar... Me voy a trazar un plan de vida para estar más recogido. No quiero desperdiciar ni un minuto, y diez minutos que tenga libres me iré al Sagrario, para allí, muy junto a Jesús y la Virgen, esperar”.

Algo más adelante le dice que en el Adviento se detiene especialmente en las palabras de la Salve: “y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”. Y sigue diciendo:

“Muéstranos a Jesús. ¿Lo hará así María? Ya verás cómo sí. Por

medio de Ella lo vamos a recibir, y por medio de María estas Navidades lo tendremos en el mundo muy cerca de nosotros”.

Para Rafael Jesús no sólo estará cerca, estará dentro de él. Busca la Navidad en su sentido más profundo, la Encarnación dentro del corazón, con la imagen de la Virgen al fondo, con su maternidad divina:

“La ermita que yo le preparo a Jesús, no sé qué tal será, pero te aseguro que es con un amor impaciente. ¡Cuánto tarda en llegar Jesús! ¡Qué larga es la espera, pero qué dulce es el esperar para el que ama de veras!... Tú, Señor, viniste al mundo desnudo, con frío, desamparado y perseguido, qué vergüenza. Y yo, en cambio... ¡Cuánto te quiero, Señor! Estas navidades no sabré qué decirte, no podré, tendré que callarme”...

Rafael, guiado por el amor, se vuelve niño. El amor no calcula. El niño no se cansa de recibir y dar besos a sus papás, y viceversa: ellos a él tampoco. Algo así le ocurre a Rafael repitiendo su amor a Jesús. Y como que, al caer en la cuenta de semejantes “niñerías”, lo despacha con expresiones frecuentes en él, propias del místico, que no sabe qué decir:

“¡Qué bueno es Jesús! Qué pena, el mundo no sabe. Vamos a poner nosotros todo el amor que el mundo no tiene. Vamos a pedirse-lo así a María. Vamos a ayudar a la Virgen en el Portalico... Jesús pequeño, Jesús niño, ¡cuánto te quiero! Permíteme estar estas navidades arrimado a una esquinita del Portal. Allí callado, sin ruido ni de zambombas ni de panderetas; cantándote unos villancicos muy dulces y muy tiernos dentro de mi pobre corazón, lleno de llagas y de miserias. Pero Tú lo vas a arreglar en este tiempo...

¡Cuánta ternura quisiera tener! ¡Qué bueno eres y cómo me quieres, así como soy. No lo entiendo, buen Jesús... Sé que Tú bajas del cielo al seno de María, y que bajas para acompañarme a mí durante mi vida en la tierra, para consolarme, para sanarme, para ayudarme a presentarme al Padre. ¡Qué bueno eres, mi Jesús, cuánto te quiere la Virgen, cómo te arrulla en sus brazos y cómo está su corazón abrasado en el amor que te tiene. Permíteme, Señor, poner mi pobre alma y mi pobre corazón al lado del de María. Que Ella me comunique su ternura, su inmenso cariño hacia Ti. No sé lo que pido. Estoy loco. ¡Cuánto quisiera quererte, mi buen Niño! Quisiera hallaros en mí lo que no hallas en medio de los hombres que te ofenden con sus pecados, que no te conocen, que los llamas y no te oyen. Quisiera que el Portal fuese mi corazón.

¡Qué locura, Señor!, perdóname. Déjame solamente estar en un rinconcito, pues no sé lo que me digo, no sé lo que pido. ¡Quisiera amarte tanto!”

A su tía le escribe en la víspera de Navidad, a pocas horas de que el Misterio aparezca en nuestra tierra. La cercanía de Jesús produce en su corazón un cierto alborozo y una fijación en su mente, que apenas le permite pensar en otra cosa. Sólo esperar anhelante:

“A tus cartas contestaré con calma. Ahora no pensemos en nuestras cosas. Miremos a Dios en el Portal. Si vieras que impaciente estoy porque llegue esta noche. No pienso en otra cosa en todo el día... ¡Qué felicidad tener a un Dios como el nuestro! No sé más que esperar. ¡Qué grande es el Señor! Dentro de pocas horas tendremos a ese Dios hecho Niño, y lo tendremos con nosotros. ¡Estoy más contento!... ¿Qué haremos? Adorarlo y llorar de alegría. Viene por ti, por mí; nos busca, nos mira. La Virgen María nos lo ofrece. ¡Cuánta ternura tiene esta Divina Madre!... Quisiera estar en el cielo entonando el gloria con los ángeles y los santos... Vamos a ofrecerle, no incienso y mirra, sino nuestro corazón entero y sin reservas... ¡Qué felicidad, qué alegría!... El Señor nos quiere y nos acepta... El Misterio del Portal lo ocupa todo”.

Rafael se centra totalmente en el portal de Belén y observa los personajes que protagonizan el Misterio. Se mezcla entre ellos y deposita allí sus obsequios: el amor y el canto del corazón.

En medio del alborozo por la presencia de Jesús, Rafael no puede por menos de advertir la lejanía del mundo en relación con este Misterio de salvación y de amor. Viene Jesús y la inmensa mayoría no se entera. Esto le produce una gran tristeza:

“No veo más que criaturas que no conocen a Dios. Me da mucha pena. Todo son conversaciones inútiles, quehaceres del mundo, intereses materiales. De Dios nada, de Jesús nada, del Niño que acaba de nacer nada, y que ofrece amor a cambio de amor, nada. Las fiestas de estos días el mundo no las comprende. No hay más que ruido y fiesta, pero fiesta humana. Nadie se acuerda de la angustia de María, de la ternura de José, de los bracitos abiertos del Niño, que en la humildad del Portal llama a los hombres, Me da pena, lo veo; quiero poner yo, pobre y miserable, todo el amor que no veo en los hombres”.

Rafael ve todo esto, y quisiera compensarlo poniendo todo el amor



que no pone el mundo, Por eso vuelve enseguida a la contemplación del Misterio, se identifica con los sentimientos de Jesús, de María y de José. No calcula, se desahoga en amor, vuelve a la infancia, al nivel de ese Infante que se entrega sin reservas:

“Hagamos olvidar a nuestra bendita Madre la congoja de verse desamparada de los hombres. Ella y José no encontraron cobijo. Hagamos olvidar a María sus penas. Amemos a su Hijo, que no pase frío. No hagamos ruido, que duerme. Es Jesús, bendito Niño. Acaba de nacer y ya nos quiere, ya nos conoce, ya se sonríe con su carita tan blanca. ¡Qué ternura tan grande!, Callemos que Jesús duerme y duerme en nuestros brazos. ¡Qué alegría! ¡Qué dulce es su respirar!... María nos mira, no tiene miedo de dejárnoslo, porque sabe que le amamos, y con inmenso cariño le mecemos en nuestros brazos... ¡Qué rico es el Niño! Y ese Niño Jesús es Dios, es nuestro Dios”.

Todo esto lo vive Rafael en su interior como expresión externa del amor. Pero bien sabe que la autenticidad del amor no exige el ruido exterior para ser verdadero. Lo verdaderamente importante es captar el mensaje del Verbo Encarnado, que es lo que nos enseña este Infante de Belén: que penetremos en sus sentimientos y tratemos de ser como Él, según la bella frase de san Bernardo: *“Studeamus effici sicut Parvulus iste”*, “Esforcémonos por hacernos como este Niño”. Por eso Rafael trata de vivir el misterio en esta perspectiva, dentro del marco del monasterio: cierta alegría incluso externa, pero que brota de dentro, del conocimiento y asimilación de ese Misterio de amor, que lleva a la imitación:

“Navidades en la Trapa, gozo en la liturgia, esperanza en los cantos de la iglesia, himnos que hablan de amor y suavidad del corazón, recordando en el silencio del templo, la humildad de María, la castidad de José, el amor de Dios. Mezcla armoniosa de melodías de ángeles y baladas de pastores. Navidades en la Trapa, incienso y mirra ofrecidos por almas que deslizan su

vida en el servicio divino, oro de sacrificio. Ni algazara ni expansiones externas, ni música, ni zambombas y tambores.

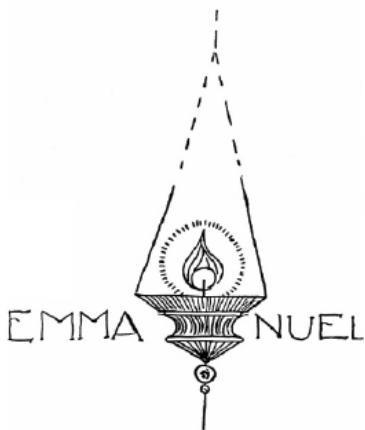
Navidades en la Trapa: adoración en silencio, un corazón desprendido de la tierra y puesto a los pies de Jesús en el Portal. Días dulces y serenos, días de amores divinos. Días en que el alma vuela por los campos de Judea, sueña en glorias infinitas y se abisma contemplando la bondad inmensurable, el amor de Dios al hombre, su encarnación en María, su desnudez y su frío, que esconden humildemente la majestad que no cabe en los cielos”

El trapense en estos días no quiere ruido, no necesita fiesta mundana para glorificar al recién nacido. La fiesta, la alegría, las músicas y los golpes de zambombas los lleva en su corazón enamorado de Jesús, en un silencio gozoso, en un cantar interior, en un amor callado... Medita en estos días el gran Misterio de su religión, y allá muy adentro, muy adentro de su alma, se recrea en los consuelos que Jesús Niño le ofrece por medio de las Santas Escrituras. Medita con serenidad y con paz en los salmos, en los himnos, en todo el arsenal litúrgico de que la Iglesia en estos días dispone. Contempla asombrado cómo “una Virgen concebirá un hijo, y su nombre será Emmanuel”, Dios con nosotros, entre nosotros, se deja abrazar por nosotros. Con Él viene a nosotros el cielo y la eternidad. ¿Cabe mayor asombro?».

Y Rafael termina:

“Hoy en la oración, un frailecico, pensando sobre esto y mirando a su alrededor, no pudo por menos de cerrar los ojos al ver que en el mundo nada permanece, todo es vanidad, y olvidando sus propios sentires y propios pesares, elevó la vista al cielo y oyó claramente a su alma: Hermano, hermano, ama a Cristo. Lo demás... ¿qué más te da?”.

Rafael pone aquí el dibujo con una lámpara encendida y la palabra “Emmanuel” y termina con el texto latino del salmo 144,8: “*Prope est jam Dominus*”, “Cerca está el Señor”, y añade: “*venite adoremus*”.



UN FARO EN CASTILLA

Begoña de Valladolid

Los faros están asentados en la roca, en la soledad de los acantilados, en lugares prominentes para que se vean de lejos, firmes ante los avatares del tiempo, siempre iluminando con su luz potente que guía eficazmente hacia tierra al marinero perdido en la noche.

Rafael es ese faro brillante, de luz luminosa en medio de la llanura de Castilla. Como el faro que se sitúa en el “finisterre”, el último eslabón entre la tierra y el mar, desde el que cada día va señalando donde está el puerto seguro; así Rafael se sitúa entre Dios y el hombre, y nos señala el camino seguro para alcanzar la “tierra” deseada.

Desde ese rincón de San Isidro de Dueñas se ha ido extendiendo poco a poco esa figura tan grande que es Rafael Arnaiz como persona y como monje. Desde allí llega su luz, a todas las partes de España, Europa y a todos los confines del orbe.

¿Qué tiene Rafael que atrae a tantas almas? Es uno de tantos y entre tantos que buscan la santidad y sin embargo él consigue lo que a nosotros nos parece inalcanzable, ser santo a los ojos de Dios y de los

hombres. Su humanidad y su gran alma han llegado a todas partes. Quien lo conoce encuentra su impronta a través de sus escritos y queda fascinado por la claridad y sencillez con que trata los asuntos de Dios.



Rafael surge para todos los que tienen miras más altas, como una luz que ilumina la oscuridad. Ya desde el principio su vida se va moldeando como diamante en manos del tallador, va formando su sensibilidad a golpe de cincel, sus salidas del monasterio fueron tallando su alma y la Santísima Virgen ayudaba a sacar brillo a cada una de esas cinceladas que Dios mismo realizaba en su persona y así el diamante de su alma iba reflejando el brillo de Dios. Luz luminosa que alumbra el entendimiento de las almas que buscan el puerto definitivo, Dios.

Los faros no dan luz propia sino que acompañan y reflejan la luz que han colocado en su interior. Así Rafael es el instrumento que hace reflejar la luz de Dios en su alma y se desborda por sus escritos, y nos acerca a Él de una forma sencilla, con María como estrella que ayuda al navegante a encontrar el camino seguro. Y es que María fue para Rafael el mejor camino para conocer y amar a Cristo, a través del rezo de la salve.

Él supo ver y valorar ese rezo, su alma sensible a todas las cosas de Dios, enseguida vio el espíritu que movía a los monjes en el rezo de esta oración a María.

Ese espíritu tan "delicado" para las cosas de Dios, le hizo ver que la vida monástica era su camino para darse a Dios, "solo Dios" Solo Dios podía llenar ese alma tan grande, solo El, y esta entrega total se hizo en el monasterio de San Isidro de Dueñas, en medio de la llanura de Castilla. Los cimientos del faro estaban ya contruidos y poco a poco fueron levantándose los muros de la santidad, con esfuerzo, y mucha oración.

Rafael dice "Para ser santo no hace falta hacer grandes cosas, basta hacer grande las cosas pequeñas". Y lo pone en práctica, no hizo grandes



cosas, en el monasterio fue uno más, trabajó, rezó y no sobresalió de los demás monjes, al contrario su enfermedad le obligó a no poder seguir la regla en su totalidad y eso suponía un nuevo sufrimiento para su espíritu y sin embargo supo ver la mano de Dios en todas las ocasiones. Su sensibilidad para encontrar hasta en la más insignificante de las acciones la manera de dar gloria a Dios hace que el alma que se acerca a conocer la figura de Rafael quede impregnada de esa sensibilidad y empiece a través de él a apreciar lo pequeño como camino para llegar a lo grande.

Eso es lo que transmite Rafael, el amor de Dios reflejado a través de él y María como modelo y camino seguro para conocerle. En el monasterio vive con Dios y para Dios y ese amor que le desborda es lo que hace que sus escritos lleguen tan profundo a las almas. Quien ha leído sus escritos, no queda indiferente, su sencillez, su manera espontánea para hablar de sus más íntimos pensamientos. Todo lo impregna de Dios. ¡Cómo no va a conmover los corazones de los que lo leen ¡

Pido a Rafael, un faro en la llanura de Castilla, que siga siendo esa luz que hace descubrir en las personas el íntimo anhelo de Dios, que Él ha puesto en cada corazón.

Cuando no veamos el camino claro para seguir a Cristo, miremos a San Isidro de Dueñas y veremos un faro que iluminará nuestro camino “RAFAEL” Su luz brilla junto al sagrario es de allí donde sale su luz y es hasta allí a donde lleva a quienes le buscan. Que desde este lugar de paz de Castilla nos ayude a reanimar la vida interior de los cristianos de hoy.



UNA GOTA DE DIOS, LLENA DE VIDA

*Ángel Alonso Pachón
Amparo Arévalo Montero*

Me gustaría hacer un pequeño glosario de ti con el que pudiera dar a conocer tu persona, simplemente tu persona: **Una gota de Dios, llena de VIDA.**



“Hermano Rafael”, yo prefiero llamarte así, porque allá por los años cincuenta me dieron a leer un pequeño libro con retazos de tu persona y, entonces, ese era tu nombre.

Tu “sólo Dios”, se grabó en mí y, no sé decirte cómo siempre te he llevado a mi lado. Recuerdo aquellos días de estudios en Valladolid, el Pilar, Marianistas, delante de aquella imagen inmensa de Jesús crucificado... Yo le miraba y le decía: “Jesús, si ves al Hermano Rafael, dile que me ayude, que sea mi amigo y me enseñe amar a ese Dios tan grande que el llevaba dentro”... Yo seguía mirándote, Jesús... Creo que sonreías.

Luego llegó, un pequeño paraíso, conocido como “Gredos” donde nos preparaban para entregar nuestras vidas al servicio de los demás... Mucho estudio... Mucha oración... Mucha reflexión... Allí también había una imagen de Jesús crucificado... ¡cuántas veces lloraba en silencio, hablando contigo, Hermano Rafael!... Quería seguir tus pasos... Tú me hablabas... Creo que susurrabas... Me ibas haciendo más fuerte...

Hermano Rafael, ¿Sabes lo que más me intrigaba de ti?... Tu sonrisa llena de dolor... Tu sonrisa iluminada de paz... Tu inclinación de humildad... Yo me alegraba, te miraba y hablábamos...

Pasaron años de preparación en una inmensa finca en Carabanchel, barrio madrileño.

Estudios, deporte, oración y una gran imagen de Jesús crucificado, esta vez con María a su lado... Hermano Rafael, tu seguías a mi lado... Me contabas tu enfermedad, tus sufrimientos, tus dudas, tus ilusiones... Querías, me decías, seguir agarrado a ese INMENSO DIOS... “Sólo Dios” ... Yo, joven, soñaba ser como tú... Hermano Rafael, tú sonreías y me susurrabas: “No, angelito, no... tienes que ser un poco mejor que yo” ... Yo, te miraba y moviendo la cabeza, dudaba que fuera posible”

...

Años bonitos, aquellos en los que la ilusión me hacía fuerte ante el sufrimiento y me acompañaba, para, como tú, Hermano Rafael, agarrarme a ese INMENSO DIOS... Tú Dios... ¡Sólo Dios!...

Comenzó mi trabajo en el colegio Santa María del Pilar, al lado del retiro de Madrid. Recuerda, Hermano Rafael, cuántas veces hablábamos los dos en aquella habitación preparada debajo de las escaleras del pabellón donde daba clase. Jesús, María y Tú... ¡Vaya tres!, ¡como para dejarles!... ¡Cuánto hablábamos!

Un día me dijiste: “hoy, te voy a regalar una cosa que te va a gustar” ... Yo, recuerdo que te contesté: “Bueno, ya veré... hoy estoy un poco bajo de moral. Luego hablamos”

Por la tarde, dejé los bártulos en mi habitación y fui a la Iglesia, por cierto, maravillosa iglesia. Miré a Jesús crucificado, a María y a ti te sonreí: “Hermano Rafael, me ha gustado mucho tu regalo. ¡Gracias! He conocido a tu hermano Leopoldo y a algunos de tus sobrinos, Carlos, Gonzalo, Enrique... He conocido también a la esposa de tu hermano, Rosa María, persona buena... buena, llena de espiritualidad... Creo que tú la querías mucho.

A partir de esos años, Hermano Rafael, ya no te has separado de mí. Tu hermano Leopoldo, inmenso corazón responsable de su familia, se convirtió en mi consejero, al tiempo que me solicitaba alguna ayuda para sus hijos. Leopoldo, era una persona seria, fuerte, interior, responsable... Yo creo, Rafael, que tú estabas siempre a su lado.

Leopoldo, me invitó a ser parte de su familia... Me permitió compartir la enriquecedora vida formada por 12 hijos y dos padres (para mí fenomenales). Viví las turbulencias juveniles de algunos de sus hijos... La vida de 14 personas, más una invitada, en Durón, al lado

del pantano de Entrepeñas... Aprendí a conquistar el agua en balsas de bidones vacíos... Todos unidos... Todos colaborando... Todos al lado de su tío, el Hermano Rafael.

Casi todos los días de mis vacaciones compartidas, Leopoldo y yo paseábamos por ese pequeño pueblo, llamado Durón. Recuerdo cuánto realismo llevaba tu hermano dentro de sí... Cuánta serenidad dolorosa y responsable... Cuánta limpieza interior... Tú, siempre estabas presente, paseabas con nosotros...

Hoy, 60 años después, recuerdo lo que tu hermano Leopoldo me repetía con frecuencia: “Angelito, lleva siempre una goma de borrar en el bolsillo. Cuando algo te haga daño, toma la goma, pásala por tu frente y borra todo... Nunca guardes el rencor, las envidias, las zancadillas... ***Angelito, como mi hermano Rafael, llena tu vida de DIOS y así no habrá sitio para el mal***”.

¡Vaya con tu hermano Leopoldo!

Pasaron los años y circunstancias muy dolorosas me obligaron a dejar la enseñanza... aprendí a utilizar la “goma” que tu hermano Leopoldo me aconsejó... Nunca guardé rencor.

Seguí unido a tu hermano y a toda su familia. Fui profesor, amigo, medio hijo y casi hermano. Rosa Elena, Mercedes, Carlos, Gonzalo, Enrique, Rafael, Alfonso, Leopoldo, Juan, Fernando, Ignacio, Álvaro... con unos, más trato, con otros menos... con todos, cariño.

Asistí, con Amparo, mi esposa, a tu Canonización. ¡Vaya día! ¡Qué ilusión! ¡Eras TÚ, allá arriba, en una foto inmensa, como tu querido DIOS!... Paseamos por Roma... La gente nos besaba, pidiéndonos tu apoyo... ¡Gracias por este segundo regalo tuyo! (¿Te acuerdas del primero... conocer a tu hermano Leopoldo?

Por cierto, Rafael, en mi casa, todos te tienen un gran aprecio... Uno de mis hijos, Ángel Luis, pasó una enfermedad muy seria... Fuimos a tu capilla, en tu querida Trapa... hablamos contigo... Lloramos contigo... Mi hijo pidió llevar una crucecita de madera como recuerdo tuyo... Nunca se la ha quitado de encima... Es tu amuleto...

Ángel Luis, mi hijo, se curó... Lo sorprendente es que vivió la enfermedad sufriendo mucho pero siempre sonreía, animaba a los demás enfermos, siguió trabajando y cuando no podía más, pedía a su madre, Amparo, que no lo comentase... y sonreía.

A pesar de la “quimio y de la radio”, no se la cayó ni un pelo... Los

médicos no lo entendían... Su hermano, José Rafael, le había comprado una gorra deportiva para que no se le viera la caída del pelo... Se reían... Nunca la tuvo que usar.

**Hermano Rafael... ¿No serías tú el que estaba junto a él?...
Creo que Sí...**

En casa, se celebró una misa con uno de esos sacerdotes que te llevaba dentro de sí, el Padre Alfredo Colorado. Siempre decía, cuando quieras vamos a casa y todos unidos rezamos juntos... DIOS está en cualquier lugar.

Volvimos a la Trapa con mis hijos, con Paqui, novia de Ángel Luis, creo que lloramos de alegría al ver tu “imagen de suave color humilde y tu sonrisa picarona”. Dimos las gracias a ese Señor INMENSO que es Jesús y a su Madre, María... la felicidad nos salía por los ojos. Hemos vuelto varias veces más... con muchos familiares... con amigos... con los niños pequeños nietos y sobrinos... Siempre nos han atendido muy bien... ¡Hasta hemos tomado un pequeño refrigerio con el Padre Abad, el Hermano Emilio y otros cuantos!... Yo quisiera ir unos días a la hospedería... Tengo miedo derrumbarme... Será muy fuerte.

Deseo nombrar a otras personas que te llevaban muy dentro, el Padre Francisco Gómez del Río (Chanca para los amigos) y el hermano Emilio Ruiz, ambos Marianistas... Pregunta por ellos en el cielo, te querían mucho y dales recuerdos...

No quiero que se me pase recordar a tu sobrina Rosa Elena, mi amiga y casi hermana. Dedicó su vida a hacer el bien... Creo que era amiga de Dios... y enchufada de su tío San Rafael Arnaiz, creo que eres tú... Enfermó seriamente... Amparo y yo íbamos a verla con cierta frecuencia... allí, solían estar tus sobrinos, Carlos o Mercedes o Leopoldo... Se reían mucho conmigo recordando andanzas e historias pasadas... Carlos, tu sobrino, me decía que tenía que escribir un libro y contar tanta vida en común...

En una de estas visitas a Rosa Elena, comentó: “Yo hablo mucho con mi tío Rafael... Siempre le digo que tengo muchas ganas de verle, de darle un abrazo, de preguntarle muchas cosas, de que me acompañe a ver a mi hermano Enrique, que nos dejó hace muchos años... Pero... Tío, aguanta un poco, porque también quiero estar un poco más con mis hermanos...” Sonreía y callaba...

Un día, cerca ya de su adiós, nos íbamos para casa. Salí a despedirse,

con su chaquetilla abrochada, su pañuelo cubriéndole la cabeza para ocultar la caída del pelo, (era muy coqueta) ... Dio un beso a todos y dirigiéndose a mi dijo: “Ángel, ven a la habitación conmigo, quiero que me veas tal cual, sin pañuelo... sólo tú” ... Fui con Rosa Elena agarrado de su mano... se quitó el pañuelo... sonrió... y comentó “Ángel, ¿a qué estoy como siempre?... Yo le contesté: “más guapa” ... Salí, haciéndome el fuerte... en la calle me sequé las lágrimas.

Ya no la volvimos a ver con vida... En el Tanatorio, recuerdo, las lágrimas pudieron más que mis años... Gonzalo, su hermano, tu sobrino, me cogió por el hombro y me dijo al oído: “Ángel, tranquilo, está con Rafael, su tío, nuestro tío...”

¡Cuántas cosas!, ¿verdad?... y muchas más... Algún día te las iré contando.

Hermano Rafael ya sabes de mí, más que yo mismo. Ahora toca que yo intente dar a conocer tu forma de ser, tu ideario, tus ilusiones terrenales llenas de Dios. Lo haré citando algunas reflexiones que nos has regalado a todos, pero hay personas que todavía no las conocen:

“Mira tu nada, mira la nada del mundo,
ponte a los pies de una Cruz,
y si eres sencillo, verás a Dios”

“Vivo, Señor mío, enfangado en mis propias miserias, y al mismo tiempo, no sueño ni vivo más que para Ti. ¿Cómo se entiende esto? Vivo sediento de Ti...Lloro mi destierro, sueño con el cielo; mi alma suspira por Jesús en quien ve su Tesoro, su Vida, su único Amor”

“Dios está en el corazón del hombre...Yo lo sé. Pero mirad, Dios vive en el corazón del hombre, cuando este corazón vive desprendido de todo lo que no es Él”

“Nuestro tesoro es Dios; nuestra vida es Dios y afortunadamente, Dios, no nos lo pueden quitar ni con las leyes, ni con sangre”

“Yo por mi parte al Señor le digo, que como no entiendo sus planes..., que haga lo que quiera y le ofrezco mis oraciones y mis suplicas, pero para que Él ponga, que sabe más que yo..., el motivo, y así no pido lo que no conviene”

“Si el mundo supiera que toda la ciencia de nada sirve y que a nada

conduce, cuando no va encaminada al perfecto conocimiento de Dios, y de sí mismo. A ese conocimiento se llega poniéndose ante la Cruz en la que murió un Dios...A sus pies, y sin ruido de palabras, se llega a ver el Amor infinito clavado en un madero...A sus pies se aprende a amar a Cristo, a despreciar el mundo y a conocerse uno a sí mismo»

«Hermano Leopoldo, en el claustro o en el mundo, en paz o en guerra, sólo hay una cosa importante: «Amar a Dios»; en esto está toda ciencia y toda virtud. Todo lo demás, créeme, es nada; llega y pasa..., y como dice san Teresa: «Sólo Dios basta, quien a Dios tiene nada le falta»

“Hoy bendigo desde el fondo de mi alma, a ese Dios que tanto me quiere. Me quiere con mis miserias, mis pecados, mis lágrimas y mis alegrías.

Me quiere en esa paz..., que no es la dulzona y tranquila de un claustro con sol”

“Todo es lucha... Luchas consigo mismo, con la tribulación y con la tentación...Todo es batalla y dolor, pero en medio está Jesús clavado en una Cruz, que alienta al alma a seguir... Gran consuelo es tener cruz...No hay mejor paz que la que proporciona el sufrimiento. El que todo lo deja, sufre..., el que todo lo deja por Dios, goza sufriendo”

Basta por hoy. Sólo quería dar a conocer a tus hermanos trapenses que ese Santo que tienen en el cielo, siempre ha sido amigo de mucha gente... Siempre ha estado, en silencio, acompañando, sin preguntar los nombres... simplemente acompañando.

Y para terminar quiero recordar a todos: **“No dejéis de llevar una goma en el bolsillo... Ir borrando cosas... No dejéis que la suciedad ensucie vuestra mente...”**

Una nota final. Todo lo que aquí está escrito es idea y obra de Amparo y Ángel. Juntos hemos vivido y hemos estado junto al “Hermano Rafael” ... Amparo, en particular, lleva a San Rafael allá donde vaya... Amiga y consuelo de Rosa Elena y unida con todo afecto a los hermanos, en especial a Carlos, Gonzalo, Fernando... Seguiremos contando cosas. Un abrazo.

Letanías de San Rafael Arnaiz (1)

P. Victorino Blanco, ocsa

2. FIEL SEGUIDOR DE JESÚS

Seguir a Jesús entra en el mismo ser del cristiano. El bautismo nos hace a todos discípulos del Señor. De alguna manera todos somos seguidores suyos. Todos tenemos el derecho y el deber de seguirle, aunque en la Iglesia se dan diversas formas de seguimiento, según las diversas vocaciones dentro de la misma: vocaciones al matrimonio, al sacerdocio, a la vida consagrada o a la vida monástica.

Dios tiene una vocación para cada uno según sus designios, y ofrece su gracia para que los llamados a ella puedan cumplirla en su vida. Quienes han percibido la llamada deben ser fieles a las exigencias de esa vocación.

Ahora bien, la fragilidad humana es muy grande y esa fidelidad no siempre se da. En el Evangelio tenemos un ejemplo bien elocuente en este sentido: el joven rico, fiel a los mandamientos desde pequeño. El Señor le llama a seguirle renunciando a todos sus bienes, pero las riquezas pesaban más en su corazón que la llamada de Jesús para entrar en el Reino... Y el joven se marchó triste... Vocación frustrada.

Rafael también fue muy fiel desde pequeño, extraordinariamente fiel a todos los deberes del cristiano, la mejor base para otra vocación más alta. Y cuando esa vocación se va manifestando, él se va disponiendo con un sí total a Dios.

Cuando la llamada se hace clara, responde inmediatamente. Se dirige, pues, a Oviedo y la misma madre cuenta el episodio conmovedor cuando Rafael les declara su decisión de hacerse monje en la Trapa. La reacción de unos padres profundamente cristianos, ante el dolor de la despedida de aquel hijo tan querido, queda bien expresada en esta respuesta del padre: “Bendito sea Dios por el favor tan grande que nos hace. Yo mismo te llevaré”.

Ya en la Trapa, aquel joven tan elegante, rodeado siempre del cariño familiar y de todas las comodidades, se hace fácilmente a todas las austeridades de la Orden Cisterciense, y se siente el hombre más feliz del mundo. ¡Está en su sitio, donde Dios le quiere!

A los cuatro meses aparece la diabetes y tiene que volver al mundo. A Rafael se le caen todos los esquemas y entra en una profunda desolación con abundantes lágrimas, sin embargo acepta la voluntad de Dios y sale con la esperanza de volver pronto al monasterio. El no pierde la íntima convicción de que su vocación es la Trapa. Tendrá que salir una y otra vez a causa de la misma enfermedad, Pero durante todo el tiempo que estuvo fuera, su corazón lo tenía en el monasterio, muy unido en su interior a sus hermanos monjes. Hasta que entra por última vez, el 15 de diciembre de 1937, y el 26 de abril de 1938 entrega su alma a Dios, acompañado de las oraciones y cariño de sus monjes.

Rafael tiene un corazón enamorado de Cristo, dispuesto siempre a seguirle hasta la cruz. Dentro o fuera del monasterio, su centro es Cristo, y Cristo crucificado. Él participa de su cruz con ánimo siempre alegre, guiado por el amor.

Seguir a Jesús es la obsesión de Rafael. Unas veces por la calle de la amargura, otras en la cruz y al lado de la Virgen María. O simplemente caminando con los discípulos por tierras de Galilea en busca de almas:

“¡Qué pena da el ver a los hombres que, al ver pasar la comitiva de Jesús y sus discípulos, permanecen insensibles!... Vamos nosotros a seguirle. Él ve nuestra intención y nos mira, se sonríe y nos ayuda, nada hay que temer. Iremos para ser los últimos de la comitiva, calladitos, pero alimentados con el amor inmenso a Jesús... Ser los últimos amigos de Jesús, pero los que más le quieren”.

Rafael vive centrado en “Sólo Dios”. Si se trata de seguir a Jesús, no



le importa que el camino sea largo o cubierto de espinas, de noche o en plena luz. Él va delante, sólo mantener los ojos fijos en Él.

“Al verte en su séquito, tu alma se llenará de un gozo inefable que no sabrás explicar. Ya verás cómo no te acuerdas ni de tus penas y alegrías, ni de ti mismo te ocupas, y verás cómo también se te pega la locura. Ni te importará el andar al sol, ni el dormir al sereno... ¡Es tan dulce Jesús! ¡Se está tan bien en su compañía! No importará que el camino sea duro, ni áspero, ni largo... Va Jesús delante, no miremos dónde ponemos los pies... Es Jesús el que guía. Callemos cuando él hable y guardemos en silencio sus palabras. Seguiremos lo mismo de noche que de día, ebrios, locos de alegría, sin escuchar al mundo, sin comer, sin dormir, sin nada. Sólo Dios... Sólo Dios gritará con berridos nuestro corazón, ya que los labios no pueden abrirse para gritar por las calles y plazas el nombre de Jesús, las maravillas de Dios, su grandeza y su misericordia, su Amor. Y así, en silencio, iremos pasando por este mundo, que dice que es cristiano y no sigue a Cristo”.

Finales de 1937. Rafael está deseoso de volver a la Trapa. Será su última entrada. Y lo va a hacer antes de las navidades, renunciando a pasar con la familia unos días tan alegres y entrañables, a cambio de la austeridad del monasterio, y a pesar de las prudentes advertencias que se le hacen. Pero él tiene sus razones y son estas:

“Siento dentro de mi alma esa dulce mirada de Jesús. Siento que nada del mundo me llena, que sólo Dios, sólo Dios, sólo Dios... Por otra parte la carne me tira, el mundo me llama loco insensato... Se me hacen prudentes advertencias... Pero ¿qué vale todo eso al lado de la mirada de un Dios como Jesús de Galilea, que te ofrece un puesto en el cielo y un amor eterno? Nada, hermano... ni aún sufrir hasta el fin del mundo merece la pena dejar de seguir a Jesús”.

Rafael, desde muy joven, siempre tuvo clara la importancia del tesón para seguir lo que veía era voluntad de Dios:

“Lo único que hay que hacer es -por más que te sorprenda lo que ves a tus lados- es no detenerte y seguir, pensando que al fin del camino está el que buscas y te está esperando con los brazos abiertos”.

Igualmente el recurso a la Virgen para que le ayude a seguir hacia la meta. Refiriéndose a su propósito de volver a la Trapa:

“Le pedí a la Virgen que fuera conmigo, me acompañara y guiara mis pasos entre los hombres, que cuando flaqueo me acuerdo de Ella, y como sé que me está esperando allá en el monasterio, solamente el pensarlo me da fuerzas para seguir... y sigo.

Dios es mi Dueño absoluto y yo soy su siervo que obedece y calla... Por tanto lo mejor es cerrar los ojos y dejarse llevar por Él, que Él sabe lo que nos conviene. Yo era demasiado feliz en la Trapa. La prueba que me ha exigido es dura, pero con su auxilio seguiré adelante y aquí, allí o donde sea, seguiré adelante sin retroceder. He puesto la mano en el arado y no puedo mirar atrás.

Debemos seguir con la vista fija en Él. Lo mismo estando entre santos que entre pecadores. Nosotros no somos nada y nada valemos, ni nada servimos cuando estamos distraídos y no hacemos caso del Señor.

¡Pobre hermano Rafael! Dios te ha herido y no te acaba de matar. Sigue esperando... Sigue esperando con esa dulce serenidad que da la esperanza cierta. Sigue quieto, clavado, prisionero de tu Dios a los pies de su Sagrario.

Todo es batalla y dolor, pero en medio está Jesús clavado en una Cruz, que alienta al alma a seguir. En medio de la batalla que libramos en el mundo, está Jesús que, con rostro sereno, nos dice que ‘el que le sigue no anda en tinieblas’...

Es la tercera vez que, por seguir a Jesús, abandono todo para venir a la enfermería de la Trapa a pasar penalidades, hambre en el cuerpo debido a mi enfermedad, y soledad en el corazón, pues encuentro a los hombres muy lejos. Sólo Dios... Sólo Dios... Sólo Dios.

¡Qué pocos, Señor te siguen hasta el Calvario! Déjame seguir junto a tu Cruz”.

3. RENDIDO ADORADOR DE JESÚS SACRAMENTADO

Jesús sacramentado, el sagrario es una de las grandes locuras del Hermano Rafael, junto con la cruz y la Virgen María.

A los 8 años recibe Rafael la Primera Comunión y ya nunca dejará de comulgar, a lo menos los domingos. Sabemos que, durante una enfermedad pasajera que contrajo a esa edad, el P. Director del colegio

de los Jesuitas donde estudiaba, le llevaba la Comunión a su casa los domingos. A los 20 años es admitido como socio activo de la Adoración Nocturna de Oviedo. Sabemos también, tal como se observa en sus diferentes escritos, sus visitas diarias al Santísimo en distintas iglesias.

Ya en el monasterio, sabemos por los distintos informes de monjes contemporáneos que se pasaba horas enteras en la capilla arrodillado ante el sagrario y al salir veían su cara transformada. Dentro y fuera del monasterio, su vida gira en torno al sagrario. Como muestra de ese amor a Jesús-Eucaristía, traemos su experiencia en una de sus visitas a la iglesia de los Dominicos en Oviedo. Él mismo lo cuenta en carta a su tía María:

“Cuando salí de casa iba algo triste porque iba solo, era la hora de los espectáculos y me veía como extraño ante la gente. Todos ocupados de los cines y los teatros, y en cambio el Señor esperando solo en el Sagrario... Me daba pena. El mundo no sabe que Jesús está entre nosotros, no sabe que Cristo está en el Sagrario, que no hace más que esperar a que sus hijos vayan un ratito, aunque no sea más que un minuto, a estar con Él. Qué pena, hermanilla, qué pena. Veía al Señor solo en el Sagrario, y me veía a mí también solo para ir a acompañarle”.

Rafael sigue diciendo que pasó una hora en la iglesia muy recogido acompañado de la Virgen, y que en su interior percibía la voz del Señor que le decía que a través de las calles “eran los ángeles los que me guiaban, me animaban y me decían que no me apurara, que en el recogimiento de la oración era donde yo podía ser grato a Dios, y que debía estar muy contento porque era Dios y María quienes me llamaban... “Me uní a los ángeles y les dije: tenéis razón, qué bueno es Dios, qué feliz soy”.

En otra ocasión, escribiendo también a su tía María, tiene un texto impresionante, en cuanto revela la actitud del ciervo sediento que corre a la fuente, llega muy fatigado y satisface su sed. Escuchemos a Rafael:

“En este momento llego de hacer la visita al Señor en las Esclavas... fui a decirle todo lo que te he dicho en esta carta. Se me pasó el tiempo volando. Antes de salir de casa te escribí la estampa que te mando, y después, cuando iba por la calle, pensaba en lo que en ella te había escrito; no me enteré de nada; amor, amor, repetía. Iba a la iglesia a ver a Dios... Amor... Amor... me impulsaba; tenía ganas de llegar al Sagrario, y llegué”.

En el texto siguiente nos da Rafael lo que significa para el alma, para toda la Iglesia y para el mundo entero, la “consoladora verdad” de la permanencia de Jesús sacramentado en todos los sagrarios del mundo, punto de referencia que nos une a todos en el mismo Amor:

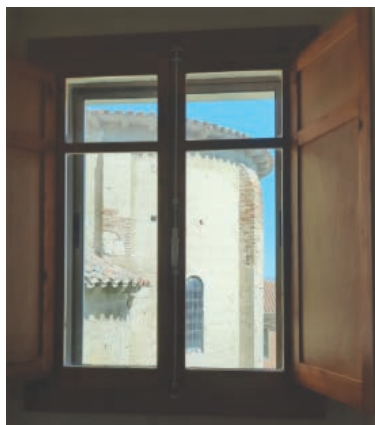
“Multitud de Sagrarios existen en la redondez de la tierra, pero solamente un Dios, que es Jesús Sacramentado. Consoladora verdad que hace estar tan unidos el monje en su coro, el misionero en tierra de infieles y el seglar en su parroquia. Ni hay distancias, ni hay edades... Al pie del Sagrario estamos todos cerca, Dios nos une. Pidámosle por mediación de María, que algún día allá en el cielo podamos contemplar a ese Dios que por amor al hombre, se oculta bajo las especies de pan y vino. Así sea”.

Rafael necesita la Comunión para vivir, sin ella se encuentra mal. Así en cierta ocasión escribe:

“Estoy muy contento, aunque hoy me falta algo... No he podido ir a comulgar... He pasado bastante mala noche, no sé por qué, pero los días en que no recibo al Señor, estoy como descentrado y echando de menos algo que para mí es todo...”.

En la enfermería de la Trapa Rafael ocupó algún tiempo una celda desde cuya ventana se veía, casi se tocaba con las manos, el ábside de la iglesia, y recordaba los tiempos en que pudo contemplar repetidamente el espectáculo del mar con su inmensidad, y lo riscos y peñas de los Picos de Europa... Ahora el paisaje ha cambiado:

“De mi ventana al Sagrario hay pocos metros... ¿Qué más vista puedo desear? ¿Qué hay en el mundo que pueda a mi alma llevar más gozo ni más atractivo? En los ratos que paso mirando a través de mi ventana veo más grandiosidad en Dios, en la humildad de su casa y en el sublime misterio de su permanencia entre los hombres, que en todas las obras que salieron de sus manos y que están manifiestas en el mundo. Quisiera estar arrodillado ante tu Sagrario día y noche... ¡Ah, Señor! Cuánto me cuesta algunas veces dejar la iglesia y tratar con los hombres”.



Finalmente traigamos un texto que nos revela al Rafael profundo, al Rafael de la fe, que vive a veces en medio de noches oscuras, noches que desconciertan al alma, que no acaba de comprender, pero se abandona en Dios, y la humildad viene en su ayuda y le salva, le coloca en la verdad ante Dios, y Dios siempre está con el humilde y se le revela en esa sequedad. La luz de la fe le ilumina en la oscuridad. Escuchemos a Rafael que describe su situación de sequedad en la oración:

“Delante del Sagrario: Señor, no sé qué hago aquí... Nada, pues nada sé hacer... Quisiera rezar... No sé, pero no importa... No rezo porque no sé, Señor, no sé qué hago aquí, pero estoy contigo... Me basta, y yo sé que estáis delante de mí... Señor, quisiera veros... pero ¿hasta cuándo, Señor?... ¿Y mientras tanto?... ¿Cómo podré resistir?... Soy débil, soy flojo, soy pecador, soy nada... Pero, Señor, quisiera veros, aunque sé que no lo merezco.

Cuantas veces me pongo delante de Ti, oh Señor, mis primeros sentimientos son de vergüenza, Señor, Tú sabes por qué. Pero después ¡oh Dios, qué bueno sois!, después de verme a mí, os veo a Vos, y entonces, al contemplar vuestra misericordia que no me rechaza, mi alma se consuela y es feliz.

El pensar que os ofendí y, a pesar de eso, me amáis y me permitís estar en vuestra presencia, sin que vuestra justa ira me aniquile... Señor dadme las lágrimas de David para llorar mis culpas, pero al mismo tiempo dadme un corazón grande, muy

grande... para con él poder corresponder un poquito... aunque sea muy poquito, al inmenso amor que me tenéis”.

Y Rafael oye en su interior una voz que le dice:

“El mayor consuelo es no tener ninguno. Sufre y descansa en mí... aún no es tiempo... ten confianza. Me agrada tu compañía, estate conmigo...”.





Así vivió Rafael en la Trapa

(continuación)

VIII

P. Alberico Feliz

La vida contemplativa.

En esta ocasión, y cuando sólo le quedaba mes y medio para entrar por segunda vez en la Trapa, en la misa a que asistió, el celebrante en el sermón, tocó el tema de la vida activa y contemplativa, menospreciando la contemplación; se lo explica en la carta a su tía:

“Mira, querida hermana, ayer al llegar a la iglesia, aún no se había acabado el sermón. Era un Padre jesuita que yo conozco, y dijo unas cosas que me dejaron un poco..., no sé como... Estaba hablando de la vida activa, y del consuelo de ser apóstol y de presentarse un día delante de Dios con todas las almas que había ayudado. Dijo no sé qué de esos espíritus egoístas que no quieren más que su santificación, y que se ocultan a las miradas de los hombres, para no ser molestados... Dijo muchas cosas que a mí me hizo pensar... No me gustó lo que dijo; sin saber por qué, me inquieté un poco.”

No es extraño, pues Rafael sabía por experiencia, lo que era en realidad la vida contemplativa, que no es otra cosa que una luz que la persona recibe de Dios, para *buscarle con ilusión y hasta con ansiedad*, y hacer de Él, el Absoluto, lo máspreciado de la existencia humana.

La vida contemplativa es alguien invitado al *silencio* que, a fuerza de callar y de perderse en la hondura de la *soledad*, llega a

escuchar la amorosa palabra primordial ¡Hijo!..., que da origen a todo. Palabra en la que cree y a la que se confía, y en la que al aceptarla, se sabe aceptado por Aquel que todo lo funda y le da a él forma y existencia.

Es la vida contemplativa, alguien, *que ha hecho de la Palabra su tesoro*. No quiere otro alimento, otra riqueza ni otro señorío. La lee y la medita, la acaricia y la guarda en su corazón hasta que puede en él llegar a cumplimiento como en María la sierva del Señor.

Es alguien que habiendo aceptado de una vez morir por Cristo a la vieja condición de nuestros padres, *libra todos los días de su existencia, la batalla contra el mal*, contra la mentira, la esclavitud, la opacidad que engendra en los hombres el pecado y que se expone diariamente al más hermoso de los riesgos: la Pascua de Jesús que rompe las cadenas del mal.

Alguien que nunca llega a ver a Dios, Él Invisible, pero *acoge amorosamente ser visto por El*, y revestido de la hermosura de su amor. Le escucha *sin oírle*. Su corazón *lo presiente en todo* y se sobresalta de gozo, cuando le es dado *reconocerle en todas las cosas*. El mundo recobra así en el contemplativo su verdadero valor, el que Dios le ha conferido al crearlo hasta en sus mínimos detalles.

El contemplativo es alguien que vive *la paz y la alegría* como fruto bendito de la cercana presencia del amor de Dios; alguien que *en la Eucaristía de cada día se deja recrear para la fraternidad*. Para los labios del contemplativo, esta experiencia que bulle en su interior, no puede quedar silente, sino que se desborda *en el canto litúrgico*, como máxima y cotidiana expresión.

Es alguien que es *paradoja viva, símbolo del Misterio que opera escondido entre los hombres*:

- *Buscando ocultarse es luz.*

- Escogiendo *la soledad* se transforma para muchos de cerca y de lejos en tierna y cálida compañía;

- No tratando de *hacer apostolado*, su entorno se convierte en lugar donde Dios obra maravillas de salvación

Ser contemplativo al precio de una vida, ¿no es *sal que sala y luz que ilumina*?...

Un poeta cristiano, define así la vida contemplativa:

¡Cuanta luz pone en el alma
la vida contemplativa!
Es libertad que cautiva,
tormenta que sabe calma
espinas que huelen a palma
y nieve que da calor.

Es charlar con el Señor
pero hablando sin hablar,
que a Dios le gusta escuchar
aún en silencio, el amor.

Es entre María y Marta,
quedarse a la mejor carta:
dejar la prosa con Marta,
buscando la poesía
de conjugar cada día

contemplación y virtud;
y al saber que en cada “cruz”,
hay una “resurrección”,
oprimir el corazón
para que de sangre y luz.

Es fundirse en un abrazo
Dios y el alma, el alma y Dios...,
es estrecharse los dos
en medio del mismo lazo.
Es dormirse en el regazo

de la eterna Claridad...,
sentir la Divinidad
soplar sobre nuestro ser
y ver que a fuerza de arder,
brilla nuestra humanidad.

Vivir, sin vivir viviendo
con Dios que en el alma mora;
darse a Cristo hora tras hora,
derramándose, sintiendo
que a la vez se va subiendo
cada instante más arriba.

La vida contemplativa
es morir resucitando...,
santificarse, dejando
que Dios en el alma viva

(Antonio Álamo Salazar)

Y Rafael continúa en la carta:

“Es el mismo Padre que me dijo que yo estaba dejado de la mano de Dios, cuando al preguntarme un día si iba a continuar yendo a los Luises y a catequesis le dije **rotundamente** que no. Pero Señor si es que no puedo... Si es que si me distraigo con los hombres..., pierdo estar con Dios... Si ya no quiero más que amar... ¿por qué no me dejan?... ¿Hago a caso mal?... Según este Padre, sí. Según él no dan gloria a Dios más que los que se ocupan como Marta. ¿Estaré yo equivocado? ¿Seré egoísta? Señor, Señor... ilumina mi corazón; la contradicción me aprieta por todos lados... El que es del mundo me llama loco, y el que es de Dios... también aunque de otra manera.

¿Ves, querida hermana, lo solo que estoy? No tengo más ayuda que María, mi madre querida que, cuando después de oír lo que dijo el predicador, me puse a sus pies, y muy recogido y

sin apenas oír el ruido que hacía la gente al salir de la iglesia, le volvía a repetir a la Señora, lo que ya muchas veces le he dicho: “María Madre mía, tú ya sabes lo que me pasa..., no quiero emplearme más que en una cosa, en amar a Dios, **sólo en eso**, aunque el mundo me llame, aunque **humanamente** los hombres crean que soy inútil y que pierdo el tiempo. Señora, díselo a tu Hijo. Ponme a sus pies y dile que no sé hacer otra cosa, y que ya *sólo es amar mi ejercicio*”.

Y después de haber firmado ya la carta pone una especie de posdata, recordando la preciosa comparación de San Juan de la Cruz: “A ver si es verdad eso del incendio... Y aunque el leño sea pequeño o grande, la cuestión es que arda y no se apague jamás”...

La imagen del leño invadido por el fuego, es una de las alegorías de San Juan de la Cruz más sencillas y plásticas, pues el Maestro se complace en hacernos ver las tinieblas saliendo de la luz. Nos conduce en presencia de un leño, -pequeño o grande,” como diría Rafael-, que comienza a arder, y nos va señalando todos los movimientos y embestidas del fuego, y todas las mutaciones y transformaciones del madero. Pero lo que le interesa a Rafael, es que el fuego no se apague, pues tarde o pronto se convertirá en ascua de amor divino.



BUSCANDO MIS AMORES,
IRÉ POR ESOS MONTES Y RIBERAS
NI COBERE LAS FLORES,
NI TEMERE LAS FIERAS,
Y PASARE LOS FUERTES Y
FRONTERAS.

El 26 de noviembre volverá a escribirla, y aunque de momento dice que “no sé cómo empezar”, en el segundo párrafo le manifiesta que “ha estado meditando la Capítula de Sexta que dice: “Llevad unos las cargas de los otros , y así cumpliréis la ley de Cristo”; refiriéndose precisamente a la carta de su tía, “ya que ha sido para mi, algo que no sabré pagar a Dios, ni pagarte a ti... Él te bendiga”. Y sigue Rafael:

“En tu carta he visto esta mañana una caridad muy dulce y muy de Cristo... Bendito sea el Señor que nos da un corazón que si a veces nos hace sufrir, pero en cambio cuántos goces tan puros y sobrenaturales nos hace sentir, cuando vemos almas que

nos quieren así como tú me demuestras en tu carta... Querida hermana eres un ángel que el Señor me envía cuando más falta me hace... No te importe que te lo diga, pero yo así lo veo.

Debió decirle cosas realmente alentadoras, pues no hace más que glosar su carta que lleva en el bolsillo, cuando ha ido al convento de las Esclavas, y que ha releído ante el Señor, y recogándose mucho, su alegría se trocó en una paz tan grande... que “me olvidé de todo, de mí y de ti..., de todo. Jesús me quiere tanto...”

Una carta que comenzó por “no saber como comenzarla, y termina con alturas muy profundas, o profundidades muy altas, y así le dice: “fuera las tristezas y sólo Dios”...; “Señor, el corazón te pide amor y que de una vez lo tomes..., y que lo ensanches”..., “Señor, así no es vivir, mi vida está en Ti. Mi querida hermana hoy no tengo más que una cosa, Dios... y te lo mando; tengo **una cosa por dentro** que no me deja”.

Rafael quiere cumplir su promesa, y si en esta carta ha sido breve, en la del día siguiente, -27 de noviembre-, será mucho más expansivo, mientras todos los de casa se han ido a acostar. Son las doce de la noche cuando comienza:

“No te apures -le dice-, porque me quites horas de sueño por la noche para escribir...Duermo la siesta y me desquito; pero es que a estas horas nadie me molesta y necesito silencio”.

También ella ansía tener silencio, pues el bullicio de sus niños, no la deja estar recogida; a lo que Rafael le dice:

“Comprendo muy bien que el alboroto de los primos a veces no te deje estar recogida... Pero casi es mejor ese **ruido**... que otro **ruido** al que no tienes más remedio que prestar atención..., por que si no faltarías a la caridad ¿me entiendes?... No te apures por eso; mira, tú tendrás mucho ruido en casa, pero estás sola... Por Dios, que no se te ocurra llorar por tan poca cosa”

“En casa tengo que estar atento a **todo**... tengo que hablar, reír y decir algo. Si me callo me pregunta enseguida mi padre, si estoy triste... Por eso, después de todo el día de tan poco silencio, cuando llegan estas horas, y después de haber hecho mis rezos, cojo la pluma y me expongo a que me escuches”...

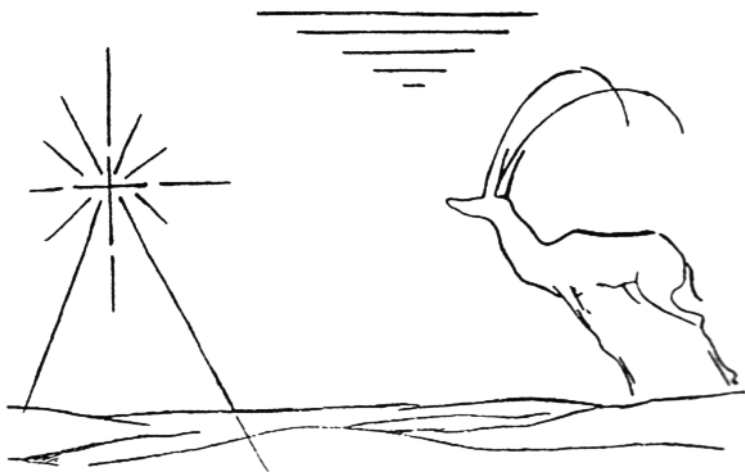
Y comenta un pequeño inciso, en que ella le habla de “no haber llegado a no sé que altura”. Rafael se disculpa por habérselo explicado en la carta anterior, y le dice que, “desde que me he decidido a no coger “flores” - en sentido sanjuanista- , Dios me las manda por **todos lados**...

Parece que no se ocupa de otra cosa; yo no sé qué hacer; bueno voy a seguir contestando a tu carta, porque si no”...

Y comienza por uno de sus temas favoritos: el amor a la Virgen. No es preciso esforzarse mucho para reconocer que su espiritualidad es profundamente mariana. Bastaría abrir cualquier página de sus escritos para convencerse de ello. La omnipresencia de María, revela la amplitud de espacio que el Hermano Rafael abrió en su corazón para Ella, y lo íntimamente que la tuvo siempre a la médula de su vida espiritual. Esta omnipresencia, no es un hecho inconsciente, sino que se debe, en gran medida a una intención expresa: “Cuando empecé a amar a María, me propuse no escribir nada a nadie, sin por lo menos, mencionar una vez a la Virgen”.

Esta afirmación se refiere sólo a las cartas, no a las meditaciones personales, y puede considerarse literalmente cierta, pues desde que escribe esto hasta su muerte, no hemos encontrado una sola carta, en la que al menos una vez, no aparezca el nombre de la Virgen. Pos supuesto que hay que exceptuar las cartas que no son de dirección espiritual, o las que escribía a sus padres desde Madrid.

Es fácil entender cómo comenzó en el corazón de Rafael su cariño a la Virgen: En los primeros balbuceos del hogar cristiano; sus prácticas devocionales en el colegio de la Merced con los padres jesuitas como Congregante de María Inmaculada; su consagración a la Virgen del Pilar en agradecimiento por haberle sanado de una grave pleuresía; y cuando en su traslado a Oviedo, volvió a los jesuitas.



Novedades y Noticias

El libro de “Dios y mi alma en portugués



Tenemos una buena noticia para nuestros amigos y suscriptores de lengua portuguesa, y es que acaba ser publicado en lengua portuguesa el cuaderno de san Rafael Arnaiz “Dios y mi alma”. “Es con gran alegría que presentamos por primera vez en Brasil, este pequeño-gran clásico de la espiritualidad del siglo XX: “*Deus e minha alma - último diário de São Rafael*”, se lee en la contraportada. Se trata en realidad -continúa- de la primera publicación brasileña de san Rafael Arnaiz Barón. En esta obra que presentamos al público brasileño, vemos limpia y transparente el alma de este enamorado de Dios en los últimos meses de su vida. Vemos con gran admiración la obra maravillosa del Espíritu Santo en su alma. Vemos un alma consumida por el Amor...

Este libro facsimilar, editado en gran tamaño por Ediciones Monte Carmelo, Burgos, 1997, y presentado por el P. Damián Yáñez Neira, oco, compañero en el noviciado de san Rafael Arnaiz, todavía puede ser adquirido en español, en la tienda del monasterio de San Isidro de Dueñas, al precio de 20 €. El libro se puede pedir a la siguiente dirección electrónica: tienda@abadiasanisidro.es

AVISO IMPORTANTE

Queremos advertir a todos nuestros suscriptores que revisen y actualicen la dirección postal y los nombres de los destinatarios del *Boletín Informativo*. Muchos boletines nos son devueltos por tener la dirección incorrecta. También desearíamos que la familia nos comunicara la defunción del suscriptor o el cambio de nombre por si desean seguir recibéndolo. Como todos saben la suscripción es gratuita, pero el coste de los boletines es considerable, y solamente lo podemos sostener por las generosas y voluntarias aportaciones de los donantes que queremos agradecer desde estas líneas. De ahí la importancia de que los boletines no se pierdan o nos sean devueltos.

La Dirección les agradece sinceramente su colaboración en este sentido

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

Activo con la cruz de la enfermedad a costas

Me pongo en contacto con ustedes porque deseo con todo el corazón obtener una reliquia de **San Rafael Arnaiz Barón**, para veneración en mi capilla particular.

Deseo contarle parte de mi vida, que ha sido un constante martirio, pero he sabido obtener frutos de todo lo sucedido y quiero contarles un poco de mi historia:

Desde que nací he tenido serios problemas de salud por el hecho de que mis padres eran primos carnales y me afectó la consanguinidad; así que hay muchas cosas que yo no puedo hacer porque enseguida me cubro de ronchas y mi temperatura corporal aumenta a tal grado que es como si tuviese fiebre. A los 4 años mi vida ya se complicó todavía más cuando fui ingresado en un hospital con neumonía y enseguida me contagié de tifoidea y hepatitis, por lo cual el pronóstico no era nada alentador porque, para mi edad, con tres enfermedades juntas, suponía una sentencia de muerte segura, y dijo el médico que solo un milagro me podría salvar; y de sobrevivir mi vida nunca sería normal.

Ocurrió el milagro y en 15 días salí del hospital sin poder mover mis piernas por las secuelas de la enfermedad; los médicos dijeron que tenía severas afectaciones en mis piernas y con rehabilitación podría volver a caminar, pero los dolores serían insoportables por el resto de mi vida y así fue.

Actualmente tengo 22 años, mis pulmones están dañados y a veces me cuesta mucho respirar, mi sistema inmune es débil y una simple gripe me manda al hospital por 8 días mínimo; y ya perdí la cuenta de las veces que me he caído porque a veces mis piernas no me responden como es debido, y aunque a veces me desespero por los dolores tan fuertes ya no me siento mal porque se los he ofrecido a Cristo por la salvación de las almas. Esto es lo que me ha dado un poco de conformidad. En el pasado -mi papá que en paz descansa-, me mandó hasta Canadá a unos especialistas, pero tampoco remediaron nada.

Confío mucho en la ayuda de **San Rafael Arnaiz** para sanar completamente o recibir más resignación para soportar lo que viene.

A pesar de todo lo que le escribí anteriormente, tengo una vida muy activa al servicio de mi parroquia como católico comprometido con la Iglesia.

Soy presidente de la Legión de María y miembro del Consejo parroquial de la Parroquia de la Inmaculada Concepción. También soy extensionista de

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

la Curia de la Legión de María de la cabecera parroquial de San José de la Montaña, perteneciente a la diócesis de Veracruz. Además, soy miembro activo de muchos grupos en ambas parroquias, de los cuales destacan: hermanos de los pobres, liturgia, juventud misionera, Cofradía del Divino Niño, Cofradía de Nuestra Señora de la Asunción (fue fundada por mí), Camino Neocatecumenal y catequista...

Prometo trabajar muy duro para dar a conocer a San Rafael Arnaiz en mi parroquia.

Sin más por el momento, me despido de ustedes deseando que Dios les llene de bendiciones y les agradezco su atención. Atentamente:

Daniel Alfonseca. México

Yo buscaba un santo amigo...

De verdad le agradezco muchísimo que en la oración me tenga presente y le pida al santo hermano Rafael por esta almita. Creo que el Señor me ha permitido conocer la vida del Hermano Rafael para descubrir que la vida de santidad no tiene edad ni congregación, que sólo basta un corazón humilde que se deje cada día amar por Dios y transformar por Él.

Para mí la vida del hermano Rafael es una santa motivación a buscar profundamente vivir en Dios. Yo buscaba un Santo amigo que me contestara la pregunta que siempre yo le hacía al Señor: Señor, ¿será que un corazón humano, joven como el mío puede llegar a enamorarse de ti totalmente? Y papá Dios me puso en el camino al Hermano Rafael.

Hermano, usted perdone que le hable mucho, pero para mí es una gracia que usted me respondiera el correo. La vida contemplativa es algo muy grande y santo para mí. Yo estoy comenzando esta vida religiosa. Estoy en el quinto año de vida religiosa. Tengo 25 años de edad; dudé un tiempo en discernimiento para la vida contemplativa. Como el Señor en su divina voluntad me pedía no cambiar de lugar para estar siempre a su lado, le he pedido la gracia de que haga de esta alma un monasterio. En el Hermano Rafael he encontrado un santo amigo para que me ayude en este caminar.

Nuevamente le doy las gracias y cada vez que se acuerde de esta almita; ore por ella pues lo necesitará siempre.

Sor Ramonita. República Dominicana

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

San Rafael cambió mi vida

Qué gran alegría me ha dado el que haya respondido mi correo.

San Rafael Arnaiz cambió mi vida. Me enseñó a amar el sufrimiento, a confiar en Dios y en la intercesión de la Santísima Virgen María. Su frase: “Solo Dios llena el Alma y la llena toda” ha sido un lema para mí.

Confío que llegará lo que me envíe porque para Dios no hay imposibles
Dios lo bendiga y María Santísima lo acompañe siempre!

María Isabel. México

Rafael como amigo y modelo de santidad

Soy un religioso agustino brasileño. Actualmente residiendo en el teologado de Diadema de Sao Paulo.

Tengo a San Rafael como amigo y modelo de santidad. El año pasado me habló del Hermano una monja en la celebración de Corpus Christi en Lima, Perú. Desde aquel momento empecé a buscar cosas sobre él. Quedé encantado de su vida y me hizo ver que es posible llegar a la Santidad y vivirla. Leí el libro “Vida y escritos” y esto hizo que cambiara mi vida; yo estaba en crisis, y con su ejemplo de búsqueda de Dios pude vivir muy bien mi año de noviciado. Agradezco a Dios la intercesión de tan amado amigo. En Brasil ya ha sido publicado el ultimo diario suyo hace poco, (“Dios y mi alma”), que quiero comprar para alimentar más mi espiritualidad.

Todos los martes me dedico a reflexionar sobre su vida; es para mí un día de silencio, de búsqueda de Dios a través de san Rafael y su intercesión.

Que Dios los bendiga.

fray Walter Rocha, OSA. Sao Paulo. Brasil

Se curó de su enfermedad

Quiero dejar constancia de la gracia obtenida por el Hermano San Rafael Arnaiz. Aprovechando un viaje a Palencia para poder visitar las Edades del Hombre, tuve la suerte de pasar por el monasterio en Dueñas y poder conocer el lugar donde está el sepulcro de san Rafael, y llevarme unas estampas con sus oraciones.

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

A principios de enero le fue detectado a un hermano mío una terrible enfermedad en los pulmones; yo, con toda mi buena voluntad, empecé a rezar cada día la oración y pedirle la gracia al Hermano Rafael que intercediera en la curación de mi hermano. Después de casi cuatro meses de pruebas, diagnósticos, y operaciones cuál no sería nuestra sorpresa que de repente todo salió normal y perfecto.

Quiero que así quede constancia y mi total agradecimiento al Hermano y al monasterio para poder tener acceso a las estampas, a las que yo con toda mi voluntad, imploré durante muchos meses y siendo el resultado un verdadero milagro

Eva Lleida

No tuvimos necesidad de volver al médico

En el mes de febrero mi hijo tenía muchos ruidos en el oído, fue al médico y le dijeron que podían ser tapones... Se lo limpiaron, pero los ruidos seguían y cada vez más fuertes. No podía dormir, no tenía apetito, muchos nervios y ansiedad. Vistas las circunstancias tuvimos que ir a urgencias al hospital y allí le dijeron que tenía acúfenos y que se hiciera a la idea que sería para siempre, que no tenía algún tratamiento. Le mandaron unas pastillas para tranquilizarle pero seguía igual. Entonces le pedí a san Rafael con mucha fe que le mejorara y lo mismo hizo mi hijo. Actualmente le han desaparecido los ruidos, ya no toma nada y no ha tenido necesidad de volver al médico.

A mí me pasó algo parecido días después, y un día amanecí con el oído con muchos ruidos y la mandíbula como si estuviese descolocada. Fuimos al médico..., pero cuando llegué a casa le pedí a san Rafael que me curara. Cuál no sería mi sorpresa que al día siguiente me había desaparecido todo y sin tomar nada y estoy estupendamente. ¡Estos son los “milagros” de san Rafael”

Purificación López, Madrid



DONATIVOS

Gracias a todos vosotros, los lectores del Boletín y a los que seguís con entusiasmo la espiritualidad de San Rafael, y especialmente a los que con vuestros donativos hacéis posible esta publicación semestral. Damos a continuación vuestros nombres.

A CORUÑA

Alfonso Nieto
Conchita Nieto

ASTURIAS

Alicia González
MIERES: José Vázquez

BURGOS

Mª Piedad de Alonso

BILBAO

Mª Carmen

BARCELONA

MARTORELL: Ramón Serra
TERRASSA: Mª Eulalia Piñol

CANARIAS

TENERIFE: Carmen García
Inmaculada Vega

GUADALAJARA

Luis Diego
Mónica Niño

LEÓN

Francisco Rodríguez

MADRID

Oliva Amaña
Águeda Maestro
Isabel Marote
Francisco Molina
Sor Teresa Blanco

PALENCIA

Javier Arnaiz
ASTUDILLO: HH. Clarisas

SALAMANCA

Carmen Madurga
Mª Joaquina Martín
Familia Carretero

TERUEL

HIJAR: Josefa Gálvez

TOLEDO

MORA: Purificación López

VALLADOLID

Alicia y Enrique López
Carmen Sáez
Fernando Alventosa
Rosa Zalama
LAGUNA DE DUERO:
Felicidad Casado

VALENCIA

Blanca Velasco
Vicenta López
Catalina García
MASAMAGRELL: Hª Pilar Gámez

VIZCAYA

LAS ARENAS Eusebia Ruiz

ZAMORA

Ana Isabel Alonso

ZARAGOZA

Laura Lahoz
Mª Jesús Larma

FRANCIA

Marguerite Sánchez

USA

HOITA: Camáldula
Sagrada Familia
CISNCINNATI: Jaen Sansalone

En cumplimiento de lo dispuesto en el artículo de la Ley de Prensa e Imprenta, hacemos constar que las personas y órganos rectores de la presente publicación son los que figuran a continuación, de acuerdo con la correspondiente inscripción en el Registro de Empresas Periodísticas

Esta publicación no dispone de patrimonio social y su financiación se realiza a cargo de los donativos voluntarios ofrecidos para la Causa que la publicación patrocina, siendo gratuita la distribución de los boletines.



Para los envíos de testimonios, favores, donativos y consecución de reliquias, dirigirse a:

Secretariado de San Rafael Arnaiz Barón.

Abadía Cisterciense

34208 SAN ISIDRO DE DUEÑAS (Palencia)

Si desea enviar su donativo mediante transferencia o ingreso en cuenta Bancaria puede hacerlo en una de las siguientes:

Banco Bilbao-Vizcaya Argentaria (BBVA), Palencia: 0182-0496-66-0000031957

Banco Español de Crédito, Palencia: 0030-6018-13-0850204272

Banco Santander Central Hispano, Palencia: 0049-6740-64-2195023211

También puede enviar su donativo mediante Cheque o Giro Postal.

Desde fuera de España puede hacer llegar su donativo mediante giro postal internacional, cheque bancario o transferencia a la cuenta.

Entidad Bancaria: Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA) en Palencia.

IBAN: ES40 0182 0496 6600 0003 1957

BIC: BBVAESMM

Nota.- Al hacer sus ingresos en cuentas bancarias, agradeceríamos que nos enviasen fotocopia del justificante ya que el Banco no pasa aviso de ello. Simplemente hace el ingreso, sin detallar nombre y población. Gracias.

Redacción: 34208 San Isidro de Dueñas - Venta de Baños (Palencia)

E-mail: secretariadosanrafael@abadiasanisidro.es

www.abadiasanisidro.es (Hermano Rafael)

DIRECTOR: Hno. JOAQUÍN LÓPEZ SERRA

DATOS BIOGRÁFICOS

San Rafael Arnaiz Barón nació el 9 de abril de 1911 en Burgos (España), donde también fue bautizado y recibió la confirmación. Allí mismo inició los estudios en el colegio de los PP. Jesuitas, recibiendo por primera vez la Eucaristía en 1919.

Dotado de una precoz inteligencia, ya desde su primera infancia daba señales claras de su inclinación a las cosas de Dios. En estos años recibió la primera visita de la que había de ser su sino y compañera: la enfermedad que le obligó a interrumpir sus estudios.

Recuperado de ella, su padre, en agradecimiento a lo que consideró una intervención especial de la Stma. Virgen, a finales de verano de 1922 lo llevó a Zaragoza, donde le consagró a la Virgen del Pilar, hecho que no dejó de marcar el ánimo de Rafael.

Trasladada su familia a Oviedo, allí continuó sus estudios medios, matriculándose al terminarlos en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

Con una inteligencia brillante, Rafael estaba dotado de destacadas cualidades para la amistad. A la vez que crecía en edad y desarrollaba su personalidad, crecía también en su experiencia espiritual de vida cristiana.

En su corazón bien dispuesto, Dios quiso suscitar la invitación a una consagración especial en la vida monástica. Habiendo tomado contacto con el monasterio cisterciense de San Isidro de Dueñas –su Trapa– se sintió fuertemente atraído por lo que vio era el lugar que correspondía con sus deseos íntimos. Allí ingresó el 15 de enero de 1934.

Dios quiso probarle misteriosamente con una penosa enfermedad –la diabetes sacarina– que le obligó a abandonar tres veces el monasterio, adonde otras tantas volvió en aras de una respuesta generosa y fiel a lo que sentía ser la llamada de Dios.

Santificado en la gozosa fidelidad a la vida monástica y en la aceptación amorosa de los planes de Dios, consumó su vida en la madrugada del 26 de abril de 1938, recién estrenados los 27 años, siendo sepultado en el cementerio del monasterio.

Pronto voló imparable su fama de santidad allende los muros del monasterio. Con la fragancia de su vida, sus numerosos escritos continuán difundándose con gran aceptación y bien para cuantos entran en contacto con él.

El 20 de agosto de 1989, SS. Juan Pablo II, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, le propuso como modelo para los jóvenes en Santiago de Compostela, declarándolo Beato el 27 de septiembre de 1992 para gozo de la santa Iglesia y prenda de gracias para todo el pueblo de Dios.

Finalmente el domingo 11 de octubre de 2009 fue canonizado por el Papa Benedicto XVI en la Basílica Vaticana.



Belén en el refectorio de la Trapa

SAN RAFAEL - 34208 VENTA DE BAÑOS (PALENCIA)

Por favor, indique con una X la causa de la devolución

Dirección inexacta.....	☐
Desconocido.....	☐
Ausente.....	☐
Rehusado.....	☐
Fallecido.....	☐
Cambio domicilio.....	☐

FRANQUEO CONCERTADO 32/23